

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS



RAFAEL DELGADO Y SUS CUENTOS

XCH
1966
FLO

TESIS

que presenta para obtener el grado de Maestra en Letras, en
la especialidad de Lengua y Literatura Española, la alumna

MARIA TERESA FLORES RODRIGUEZ

MEXICO, D. F.

1966



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A todas aquellas personas que con su ayuda o con su estímulo hicieron posible la realización de este trabajo.

I N D I C E

RAFAEL DELGADO Y SUS CUENTOS

- I.—Semblanza de Rafael Delgado y actividad creadora**
- II.—Temas de sus narraciones**
- III.—Pintor de ambiente**
- IV.—Retratos de sus personajes**
- V.—Algunas observaciones acerca del estilo**
- VI.—Conclusiones**
- Bibliografía**

I

SEMBLANZA DE DON RAFAEL DELGADO Y ACTIVIDAD CREADORA

“Más bien bajo de estatura, frente amplia, calvicie pronunciada, quebrado el cabello echado hacia atrás, bigote abundante cuidadosamente peinado que hace sombra a una boca amplia de labios carnosos, ojos pequeños pero vivos, de mirar penetrante, descuidado en el vestir, pulcro y juguetón en el hablar, pronto en la réplica, ausente su lenguaje de interjecciones altisonantes cuyo uso frecuente parece ser privativo de los «jarochos», accesible por temperamento, y respetado por los que le trataran, poco dado al bullicio citadino y amante del campo”. (1)

Nació en Córdoba, Veracruz, el 20 de agosto de 1853 y el 23 fué bautizado con el nombre de Rafael María José de Jesús Bernardo.

Sus padres fueron el señor D. Pedro Pablo Delgado y Doña María de Jesús Sainz Herosa. Su abuelo materno había nacido en Ramales de las Montañas de Santander, España, y el paterno en San Andrés Chalchicomula, Edo. de Puebla.

Cuando Rafael apenas contaba dos meses, la familia se trasladó a Orizaba y allí fué donde pasó su vida, por ello decir Rafael Delgado, es decir Orizaba, ciudad de vegetación, sol, tranquilidad y serenidad para el espíritu eso es Orizaba, según parece, quiere decir *baños alegres*.

1.—MANCISIDOR RAIMUNDO. Prólogo a Historia vulgar. Biblioteca Enciclopédica Popular No. 19. Secretaría de Educación Pública, México, 1944.

La idea del agua es exacta porque en esa población *llueve siempre* según frase de Federico Gamboa. Pluviosilla romántica, así la llamaría el autor de *La calandria*, nombre con que fué conocida desde fines del siglo XIX.

Allí realizó sus estudios primarios en el Colegio de Nuestra Señora de Guadalupe, siendo el director don José Ma. Ariza y Huerta.

En 1865, el niño que aún no cumplía doce años, vino a esta ciudad de México, como interno al Colegio de Infantes de la Colegiata de Guadalupe, donde sólo permaneció poco más de un año, pero antes de dejar esta institución le tocó presenciar el fracaso del imperio de Maximiliano y Carlota; así lo cuenta en el relato *La misa de madrugada*.

“Meses antes en el mismo sitio vió a los monarcas en todo el esplendor de su alta dignidad. Una legión de cortesanos llenaba el templo. Diplomáticos, políticos, grandes damas, chambelanes, soldados de diversas naciones, ujieres, pajes y alabarderos rodeaban a los soberanos. El, con el toisón al cuello. Ella, ceñida la sien con imperial corona. Entonces aclamaciones, músicas, vítores, entusiasmo, delirio, adoración...

Ahora, silencio, indiferencia, soledad...

La soledad del templo oprimía el corazón; algo lúgubre y fatal flotaba en las tinieblas”. (2)

En 1886 regresó al hogar paterno que tanto añoraba, sus padres estaban temerosos al conocer la noticia de que la ciudad de México fuera sitiada por los liberales.

Por correspondencia de doña María de Jesús Sainz Herosa, a su esposo residente en Orizaba, se sabe que el novelista se encontraba por entonces en Puebla, y que estudió en algún colegio de allí, como era la intención de su madre.

El señor Delgado, padre, que había desempeñado cargos públicos, los había abandonado desde 1862 y se dedicó a sus negocios en una finca de campo. Por entonces la familia del escritor había ve-

2.—DELGADO RAFAEL. *Misa de Madrugada* en Cuentos y Notas. Obras Completas. Tomo I. Ed. José Ma. Cajica, Jr. S. A. Puebla, Pue. 1956, 1956 pp. 285 a 286.

nido a menos a consecuencia de las guerras civiles que sembraban luto y desolación.

En 1868, don Rafael Delgado ingresó en el Colegio Nacional de Orizaba a cargo de Silvestre Moreno Cora. Fué excelente alumno en aprovechamiento y conducta. Moreno Cora le extendió una nota que decía: "*Obtuvo el primer premio en la clase de Geografía*".

Moreno Cora informó a Francisco Sosa, biógrafo del novelista, que Rafael Delgado fué profesor durante dieciocho años en las cátedras de Geografía, Historia Universal —tres cursos—, e Historia especial de México, introdujo el estudio de la Geografía histórica y sacó algunos alumnos aventajados.

Sus ingresos económicos eran exiguos, por lo que se vió obligado a impartir clases en diversas escuelas primarias.

A pesar de sus múltiples obligaciones no se apartó de los estudios literarios, ya que desde niño había sido fomentada esta inclinación por sus padres. El padre, sin ser afecto a las letras, gustaba de la literatura y tenía buena biblioteca, aunque modesta. La familia tenía la costumbre de leer en las noches y Rafael era el lector. Así pronto llegó a conocer casi toda la literatura mexicana, en especial a los autores costumbristas, que fueron los predilectos de su padre y que tanto influyeron en la manera de ser del joven, como lo hace al novelar, según lo confiesa él mismo.

A sus estudios literarios unió los de la apología católica. Fué un estudio complementario a la educación cristiana que recibió de sus padres. Por ello es respetuoso en todo lo que se refiere a la religión en toda su obra.

Su producción literaria comenzó por el género de la poesía lírica. Debió ser por 1869 o 1870.

Publicó sus versos entre los dieciséis y los treinta años. Escribió en la época en que la exaltación del sentimiento alcanzaba grandes alturas. Además Delgado era de temperamento romántico. Sus primeros versos, los de su juventud, son amorosos, espirituales como: *No me niegues tu amor*, (junio 12 de 1872) *Presentimientos*, (noviembre 3 de 1872) *Lejos de tí*, (octubre 4 de 1872) *Al partir* (1876). Parece que el primer esfuerzo literario fué su poema antes mencionado: *Lejos de tí*, que apareció en el periódico *El Pueblo*

(Orizaba 26 de octubre de 1873), esta fecha sirve de punto de partida para la primera composición que vió la luz en letras de molde, pero no se opone a la actividad anterior de Delgado como poeta lírico, iniciada cuatro años antes. Sus primeros balbuceos de composiciones corren de mano en mano en forma manuscrita sin alcanzar todavía la publicación. En sus poesías *A Río Blanco* (1886), *En las montañas de Tilapan* (1886), *A Orizaba*, sin fecha, el poeta anuncia su amor a la naturaleza y su facultad descriptiva.

Pero Delgado que se nutre en los clásicos castellanos ,purifica ya sus versos, así entre los treinta y cuarenta años nos deja: *A España* y *A la raza latina* que ya son producciones de valor lírico.

A esta oda se le concedió la orquídea de oro en los juegos florales de Orizaba.

De 1878 datan de las cuatro obras dramáticas *Caja de dulces*, en tres actos; en prosa, *Taza de té*, proverbio en un acto, en verso, estrenándose ambas en el Teatro Llave de Orizaba por el actor español Enrique Guasp de Peris. En 1879, según Sosa, acabó *El caso de conciencia*, en prosa y un acto, traducción de un proverbio del escritor francés Octavio Feuillet. La última obra dramática fué el monólogo *Antes de la boda*. Carece de importancia la contribución da Delgado al teatro.

Delgado tenía inclinación por la lengua y la literatura francesa, como lo demuestran las diversas citas, que hace de varios autores en sus novelas, cuentos y lecciones de literatura.

En 1881, se fundó la Sociedad Sánchez Oropeza a iniciativa del Señor Moreno Cora, y durante seis años Delgado trabajó en la sección literaria. Cada mes había una velada en que tomaba parte.

Fueron notables sus *Conversaciones y estudios literarios*, leyó *Amor a los libros*, y que Francisco Sosa le llama *El amor al libro*, así como otras dedicadas al estudio de los poetas líricos Gustavo A. Bécquer, Gaspar Núñez de Arce, Leopardi y otros más. También publicó en el Boletín de la Sociedad Sánchez Oropeza otros trabajos así en prosa como en verso.

De las conversaciones así llamadas por su autor, cabe mencionar por su interés: *El amor a los libros*, sustentada en Orizaba el

25 de septiembre de 1886. Delgado traza en forma breve la historia del libro hasta nuestros días.

Manifiesta un gran culto hacia los libros, al entrar a una biblioteca, dice: "¡Con qué profundo respeto entramos en ella! No parece sino que penetramos en un santuario en los momentos más solemnes del culto.

Allí tenéis los libros sagrados de todas las naciones, siempre grandes y siempre respetables para los espíritus superiores; la ciencia de Dios y el saber de todos los hombres, el pensamiento y el corazón de todos los siglos, la actividad humana en su gloriosa lucha por la verdad". (3) Más adelante puede advertirse la preferencia por algunos autores del siglo de oro: ... "la sencilla y dulce frase de Garcilaso, el terceto conceptuoso de Andrade, la gravedad cristiana de Fray Luis de León; el tono dramático de Calderón, el decir intencionado de Alarcón y Mendoza y el chiste agudo de Quevedo, cruel y sangriento, profundo y humano, ... las dulcísimas estancias de Lamartine, cadenciosas y arrulladoras como el leve vaivén de la barquilla en el dormido lago; el arranque atrevido y romántico de Víctor Hugo; el pareado ardiente de Musset, y el himno desolado de Byron". (4) Otras preferencias del autor son las lecturas de Robinsón, Atala, Pablo y Virginia, María, ... "la delicada María, florecilla fragante de las selvas vírgenes de América, que pasó por el mundo para amar y ser amada y morir como las rosas. en las primeras horas de un hermoso día". (5) Al leer estas expresiones no se puede dejar de recordar a Angelina, heroína de su novela.

Al concluir termina recomendando que una buena biblioteca estará compuesta por: "... la Santa Biblia, que es libro de Dios. La Imitación de Cristo, que nos ayuda a ser buenos, que es el libro de la virtud. La Historia de nuestra Patria, que nos enseñará a amar la tierra bendecida en que nacimos, que es la obra de la sociedad. El otro libro para regocijo y grato esparcimiento del ánimo, tesoro de las gracias y donaires de nuestra hermosa lengua castellana, que es el libro del Genio: Don Quijote de la Mancha, de Miguel Cervantes Saavedra". (6)

3.—DELGADO RAFAEL, op. cit. Conversaciones y estudios literarios. Tomo II, p. 613.

4.—DELGADO RAFAEL. *Ibidem.*, p. 614.

5.—*Ibidem.*, p. 615.

6.—*Ibidem.*, p. 617.

Este escrito contribuye a juzgar su gusto y preferencias estéticas, revelando su sensible corazón, su espíritu religioso, tendencia romántica y su tono melancólico que se deja percibir en toda su obra.

En 1886, el H. Ayuntamiento de Orizaba nombra a Delgado en calidad de provisional, Preceptor de la Escuela Municipal No. 1 para niños y adultos. Ingresa al Liceo Morelos, en calidad de socio y corresponsal en la ciudad de Orizaba. Un año después intervino como secretario del certamen literario de la Sociedad *El Clavel*.

En 1889, Justo Sierra, Sosa, Gutiérrez Nájera, Jesús E. Valenzuela, González Obregón, fundan en la ciudad de México, la *Revista Nacional de Letras y Ciencias*, invitando a Delgado a colaborar. En ese mismo año aparecieron poesías y cuentos o notas, como él las llamaba en revistas y periódicos de la capital.

Entre tanto surge con gran éxito su primera y mejor novela (1890), *La Calandria*, en la *Revista Nacional de Letras y Ciencias*; (1893), *Angelina*, publicada en Orizaba, su segunda novela, de corte romántico muy semejante al tipo de María, de Jorge Isaacs, que es acogida favorablemente; luego *Los parientes ricos*, que salió al público en una revista, *Semanario Literario Ilustrado*, en 1901, antes de ser editada en 1903. La novela corta *Historia vulgar*, que se conoce en 1904 en *El País*.

Colabora varios años en la sección literaria *El Tiempo*, *El País* y la *Revista Moderna*.

Fué nombrado (1892) miembro de la Academia Mexicana correspondiente de la española.

En 1893, es cuando Delgado sigue la carrera literaria, sin clases y sin las desventajas de la vida en la ciudad provinciana. Se dirige a México, a la capital, y llega en 1894, asistía a reuniones literarias, durante estos años.

Para subsistir, el Señor Fernando de Teresa, le proporcionó un empleo administrativo en la Compañía Mexicana Explotadora y Beneficiadora de Minas Auríferas en Oaxaca, S. A. con oficinas en México. En dicha compañía desempeñó el cargo de secretario y para separarse solicitó un certificado en que se hacía constar su honradez y su gran sentido del deber.

A pesar de su actividad burocrática, no había descuidado sus trabajos literarios.

En las reuniones del Liceo Altamirano presentaba de vez en cuando estudios sobre figuras literarias como a Leopardi, Bécquer, Núñez de Arce, Ruiz de Alarcón, estudios que había ya leído en la Sociedad Sánchez Oropesa, en Orizaba, con ellos pensaba formar un volumen que llevaría por título *Estudios acerca de los poetas líricos contemporáneos*.

Cerca de cinco años había permanecido en México, añoraba su provincia, y al fin regresó con sus compañeros de Orizaba.

Fué Secretario de la Jefatura Política de Orizaba (1898).

En 1900 recibió nombramiento de profesor de primero y segundo año de español y literatura en el Colegio de estudios preparatorios de la ciudad de Jalapa; que hoy día es la escuela secundaria y preparatoria. Durante esta temporada hizo diversos viajes a Orizaba y Puebla.

Fué amigo de Díaz Mirón, a quien se encontraba en el parque Juárez de Jalapa, don Salvador iniciaba la conversación, muchas veces merendaban juntos en el Hotel México. Después don Rafael se brindaba a acompañarlo hasta su casa en el paseo de los Berros, y se detenían largo rato ante la puerta. Delgado intentaba una tímida despedida pero Díaz Mirón acababa por hacerlo entrar en su biblioteca, en donde el poeta sacaba sus manuscritos para leerle algunas de sus composiciones de su libro *Lascas*, que al parecer iba a ser publicado o ya estaba, en aquellos días, en la propia Jalapa.

En 1902, se publicó una colección de cuentos y cuadros de costumbres bajo el título de *Cuentos y notas*.

Publicó su libro de texto, *Lecciones de literatura* en Jalapa, el 8 de septiembre de 1904, prologado por él, en donde dice: "Esta obrita tiene mucho de Lefranc y quien conozca el texto francés podrá decir de cuanto somos responsables y cuanto pertenece al distinguido preceptista". (7)

7.—DELGADO RAFAEL, op. cit. Prólogo a *Lecciones de Literatura*. Tomo III, p. 332.

Más tarde apareció su libro para el curso de *Geografía histórica* que él introdujo en el programa de la escuela.

Después de haber publicado su novela corta *Historia vulgar* (1904) hay disminución de su actividad literaria.

En 1905, fué nombrado orador oficial de la Sociedad Sánchez Oropesa, para celebrar el tercer centenario de la publicación del Quipote, así el 8 de julio de aquel año el Teatro Llave de Pluviosilla, reunió a un público ilustrado a donde se escuchó la voz del maestro, quien en sus primeras palabras expone el concepto de novela: "Es la narración gallarda, exquisita y entretenida de imaginarios acaecimientos, de supuestas aventuras y de particulares andanzas, urdida por el ingenio, tramada por la discreción, hecha con hidalgo propósito y noble designio, y realizada por modo artístico y con fines estéticos, para dar al espíritu plácido solaz y grato esparcimiento.

...El novelista es, en cierto modo, como el poeta; mejor dicho: es poeta también. El mundo físico y el mundo moral son tema inagotable de su estudio". (8)

Más adelante refiriéndose a los elementos de la novela dice: "...la novela, hermana de la Historia e hija de la Poesía, género por naturaleza variado y múltiple y por genialidad ameno y divertido..." (9)

También hace observaciones sobre la labor del novelista: "Difícil y muy penoso es el trabajo del novelista, si quiere ser digno de este nombre; labor paciente y delicada la suya, a las veces tan ardua, que parece rayana en heroísmo. Fuera de la observación constante de todo cuanto le rodea; aparte del esfuerzo requerido para el hallazgo, la disposición y el desarrollo de una fábula, tiene que bucear en el ponto siembre obscuro y entumecido del corazón humano; vislumbra las arcanidades de la inteligencia; examinar todo pensamiento; analizar las pasiones y registrar y reconocer hasta en lo más fino y oculto, el mecanismo de la voluntad de sus personajes, para que, se consten así mismos, y se muevan y se conduzcan lógicamente dentro del círculo de la concepción estética... , así el artista de la palabra tiene que hacer del verbo radiante y poderoso ma-

8.—DELGADO RAFAEL, op. cit. Discurso. Tomo II, p. 748.
9.—Ibidem., p. 749.

terial dúctil, obediente y sumisa. ¡Y en esta obra, cuánta energía, cuánta constancia y cuánta paciencia le son necesarias!" (10)

Esta empresa novelística la resume en estos cuatro versos:

"Tres heroísmos en conjunción:
El heroísmo del pensamiento,
El heroísmo del sentimiento,
Y el heroísmo de la expresión". (11)

Por esta época (1905-1906) el novelista manifiesta fatiga en su labor docente, esto es conocido por una carta enviada a su biógrafo, Francisco Sosa, quien le contesta que no esté descorazonado por el trabajo de la cátedra.

En otra misiva dirigida al licenciado Ignacio Pérez Salazar, Delgado tiene la idea de hacer un viaje a Europa que no llega a realizar, ignorándose el motivo. López Portillo en otra carta dirigida a don Rafael hace confirmación de este proyecto.

En 1908 estuvo al frente de la Sociedad Sánchez Oropeza.

De mayo de 1909 a 1913 fué rector del Colegio Preparatorio de Orizaba.

A mediados de 1911 hubo cambios políticos, que no dejaron de preocupar al maestro. Nunca fué político. Casi toda su vida la había pasado a la sombra de la paz porfiriana, y después de haber tenido una juventud llena de pobreza, el bienestar de sus últimos años lo debía al justo aprecio que le tenían al gobernador don Teodoro A. Dehesa y el Secretario del Gobierno de éste, Licenciado don Eliezer Espinosa. Al encargarse de la rectoría, estaba a punto de terminarse el edificio del Colegio Preparatorio. Allí, en un cómodo departamento con vista al río, se instaló Delgado, pero poco le duró la tranquilidad hogareña que buscaba. Las fuerzas maderistas convirtieron en cuartel el inacabado edificio, y en un salón, precisamente encima de las habitaciones del maestro, instalaron sus caballos. La semiconveniencia con los soldados, no tenía nada de agradable.

10.—Ibidem., p. 751.
11.—Idem.

Casi todos los estudiantes de aquellos días se sentían maderistas, y los revolucionarios exaltados consideraban al maestro como un hombre del antiguo régimen. Así un alumno del quinto año, Andrés Silvestre y Cerezo, agrupando a unos cuantos estudiantes, dirigió un escrito al gobernador interino del estado, señor León Ailand, pidiéndole la remoción de don Rafael; pero pronto se formó una comisión que fué a Jalapa a hablar con el gobernador quien oyó atentamente el alegato de estos estudiantes y ofreció no hacer ningún cambio y don Rafael se quedó en su puesto. Pero hubo un suceso en su vida que contribuyó a entristecerlo grandemente y a acabar con la calma del maestro en sus últimos años: la pugna con otro maestro antiguo y ameritado, llegando ambos a un grado de exaltación extrema.

El año de 1913 cayó el Presidente Madero.

Don José López Portillo y Rojas, gran amigo de don Rafael, había sido nombrado anteriormente gobernador de Jalisco y desde Guadalajara llamó a Delgado para encargarlo de la Dirección de Educación del Estado.

Este que no había querido hasta entonces salir de Orizaba, aceptó amargado por los sucesos ya mencionados abandonar Pluviosilla y fué a encargarse de la dirección y a la vez impartir literatura en el Liceo de Varones de aquella ciudad tapatía.

Seis meses después, la nostalgia le hace reresar a su amada provinca y vuelve a la rectoría del Colegio Preparatorio, consagrándose a la enseñanza de la literatura e historia, pero su condición física iba en descenso, los médicos le habían prescrito reposo. Estaba abatido. La situación del país, era cada vez peor debido a los desmanes revolucionarios y el peligro de una intervención de los Estados Unidos se hacía más inminente.

En los días de la atentoria ocupación de Veracruz por las fuerzas norteamericanas, logró regresar a Orizaba, después de un viaje a Jalapa, trasladándose a caballo en medio de una tormenta. Entonces cayó enfermo de una afección bronquial.

Sintiéndose que su mal era grave quiso recibir los últimos sacramentos de la iglesia.

Rodeado de sus discípulos, el maestro dejó de existir el día 20 de mayo de 1914, y por ello buscaba en la religión que profesó siempre el perdón y el consuelo.

Rafael Delgado fué de fina sensibilidad, carácter suave, tímido, solitario y enemigo de la publicidad.

Su primer biógrafo fué don Francisco Sosa pero muchos de sus alumnos y amigos también han escrito acerca de él, y tienen documentos y datos que permitirían realizar un estudio biográfico más amplio.

II

TEMAS DE SUS NARRACIONES

Lo más característico de Rafael Delgado en su producción literaria es el cuento y la novela, que con mayor éxito cultivó. Sin embargo los lectores han dado mayor importancia a las novelas, pero podría afirmarse que los cuentos son nuncios del novelista, ya que fué el primer género que trató, llegando después a lucir todas sus dotes de escritor en la novela.

Los temas de las obras de Rafael Delgado son variados, va del drama a la comedia, de la autobiografía al cuento costumbrista; pero en todos ellos deja siempre plasmados el paisaje orizabeño y las costumbres provincianas, de tal manera que al leer sus páginas, hace que se vivan apasionadamente los sucesos de los personajes y se contemple con claridad el paisaje lleno de vegetación del valle de Orizaba, valle perdido entre la sierra.

Son sus temas reales y de ambiente provinciano.

Las costumbres de nuestro pueblo dan tema al escritor para relatar fiestas religiosas y profanas, paseos, comidas, chismes y aventuras con una dulzura y una realidad, que cuando se pasan los ojos por esas líneas llenas de sinceridad y verdad, parece que es el pueblo mismo, que se asoma genuinamente; por eso puede considerársele el pintor de la vida provinciana.

En sus cuentos hay concentración del tema.

Puede hacerse de ellos una clasificación de acuerdo con los temas: autobiográficos, cuadros de costumbres, históricos, y otros que

no son sino páginas descriptivas que no deben dejarse de mencionar, porque llevan el sello de lo bello y otros más que no quedan dentro de estos grupos.

El propio autor nos lleva a realizar este orden cuando en su prólogo de *Cuentos y notas* nos dice: "Algunos de los cuentos, sucedidos, notas, bocetos, o como te plazca llamarlos, son meros apuntes de cosas vistas y de sucesos bien sabidos. Otros (hablo de los cuentos y de las notas), son impresiones mías, algunas muy ítimas y personales —la que yo me sé—, y lo restante trata de cosas más vistas que inventadas". (12)

Después de estas palabras del autor se puede fácilmente decir que los cuentos y también en algunos capítulos de sus novelas, hay partes de su vida, de la realidad misma y poco de la imaginación.

Por lo que se refiere a los temas de las novelas hay cierta analogía con algunos de los cuentos.

En los temas autobiográficos, pueden citarse *La chachalaca*, *Mi única mentira*, *Amor de niño*, *Misa de madrugada*, y *Bajo los sauces*.

Los temas de estos cuentos son recuerdos del autor en el seno de la familia durante su niñez y juventud; revelan cierta melancolía propia de su temperamento y algunos rasgos de su carácter sensible y emotivo. Son sucesos pequeños de la vida del escritor en un ambiente de la clase media.

La chachalaca.

Hace la presentación de sus familiares en un ambiente campesino, donde pasó su infancia. Revela su sensibilidad infantil en la impresión que le causa la muerte de la chachalaca, que el niño quería atrapar, y al hacerlo el ave muere. Observa espantado al animlito moribundo. "¡Dios Santo! Allí estaba el cadáver, con el pico abierto, destilando sangre... Esta es la historia amigo mío. Cuando la recuerdo, y la recuerdo todos los días, y siempre con dolor y remordimiento crueles me pregunto: —¿Qué sentirá el asesino cuando le ponen delante de su víctima?". (13)

12.—DELGADO RAFAEL, op. cit. prólogo a *Cuentos y notas*. Tomo I, p. 195.

13.—DELGADO, RAFAEL, op. cit. Tomo I, p. 254.

Mi única mentira.

Su delicadeza de sentimientos se muestra en la compasión que siente por el ratoncillo que atrapado ya, es condenado a muerte, por orden de su padre. Describe el miedo que le causa el animalito y las fechorías que éste hace, como le causaba miedo atroz pero tenía que obedecer la orden definitiva del padre: "...Sumerge la jaula en una cuba de agua y ahógale"... Iba ya a sumergir la ratonera... y el valor me faltó. Esa noche me ví obligado a decir a mi padre una mentira —la primera y la última— la única que oyó de mis labios en toda su vida". (14)

Amor de niño.

Pinta el amor que concibe por una mujer ideal, que quizá fué la mujer soñada, representada en el retrato de Cordelia, una heroína de Shakespeare, que había en el estudio del padre: "Y a decir lo cierto me enamoré de aquella imagen y durante muchos meses no viví mas que para admirarla como a un portento de hermosura, para adorarla rendido, ciego, loco". (15)

En este relato podría encontrarse una explicación acerca de la soltería de don Rafael por no haber encontrado la mujer ideal. Tema romántico por excelencia.

Misa de madrugada.

Habla de los recuerdos, de colegial en la Insigne e Imperial Colegiata de Santa María de Guadalupe, aquí en esta ciudad, donde fué interno, algún tiempo, y una madrugada es despertado él y sus compañeros para asistir a la última misa que oyeron los emperadores Maximiliano y Carlota. Allí habla de sus días tristes en el colegio, de su nostalgia por la tierra natal y el anhelo de estar al lado de sus padres: "Dulces recuerdos del hogar paterno, avivados el día anterior por una carta tierna y sentida como todas las que una madre escribe al hijo ausente, me tenían en vela presa de tormentoso insomnio. Lejos allá muy lejos, a muchas leguas de la gran ciudad, lejos de aquellas estériles colinas pobladas de cactus y de ma-

14.—Ibidem., pp. 257-258.

15.—Ibidem., p. 259.

lezas, espinosas, había ríos de aguas límpidas y sonoras, praderas enfloradas, montañas boscosas... y allí estaban mis amiguitos de la niñez, mi nodriza, viejos servidores que me cuidaran como a las niñas de sus ojos, mi casa, mis padres, mi alegría, mi dicha". (16)

Bajo los sauces.

Es una añoranza melancólica de adolescente que analiza los parajes tropicales haciendo uso de sus conocimientos botánicos: "¡Cuántas mañanas de invierno, cuántas tardes de otoño, pasé a la sombra de aquellos sauces melancólicos. Tendido en la grana, a un lado del libro, dejaba yo vagar el pensamiento por las regiones encantadas de los mundos imaginarios.

A los catorce años cuando las esperanzas juveniles no abren aún sus flores; cuando no sabemos todavía lo que es el dolor, gusta el alma de la soledad de los campos y parece que encuentra en las arboledas, en las aguas, en las flores y en los pájaros, amigos cariñosos que contestan a todo con una sonrisa, que repiten dulcemente nombres amados. ... Soñaba yo. Benditos sueños de la edad venturosa que no vienen a turbar dolorosas memorias; que son como el reflejo de una alma virgen, y que nos hacen viajar por las regiones de lo porvenir, en alas de la gloria; ... ¡Cómo aquella virgen naturaleza tenía respuesta para toda queja, voces de aliento para toda esperanza, halagadoras frases para toda ilusión!... ¡Hace veinte años! ¡Cuántas lágrimas!" (17)

Es una nota descriptiva de recuerdos.

Los cuentos costumbristas están enmarcados dentro de una gran realidad, acentuándose en algunos de ellos, la descripción de la verdad provinciana, característica propia del autor.

Mi vecina.

Es la historia de Clarita, hay una síntesis del pasado de la joven: "Ayer todavía era una chiquitina que, con la almohadilla bajo el brazo, salía para la amiga en puntito de las ocho.

16.—Ibidem., p. 283.

17.—Ibidem., pp. 288-289-290.

Pálida, enclenque, enfermiza, tristemente traviesa y vivaracha, no prometía larga vida". (18)

Se enumeran vicisitudes familiares. El padre de la niña era un alcohólico que hacía imposible la vida a la familia, antes había sido un artesano hábil. "Cuentan que tuvo épocas de prosperidad y desahogo; pero en los últimos años de su vida se vió en la más espantosa miseria.

El pobre echaba sus «zarambecos» y de «mona» en «mona», de «turca» en «turca», de «jurria» en «jurria» y de «zumba» en «zumba», llegó a ser en pocos años un ebrio asqueroso y repugnante,... mientras su mujer y sus hijos estaban a un pan pedir".

La familia pasó años luchando con la miseria. Doña Marcelina la madre, al ver la conducta del marido: "se puso al trabajo, y con tal empeño, que a poco tuvo fama el chocolate hecho por sus manos, o molido bajo su dirección. Así pasaba el tiempo y su desdichado marido corría sus «prándigas», con otros de la misma calaña, gastándose a veces lo que Marcelina ganaba". (19)

Don Crispín que tal era el nombre del padre de Clara, muere. El hogar recobra la paz. En éstas líneas hay ciertos toques de humorismo: "Por fin quiso Dios llevarse al borracho, quien muy contrito y bien dispuesto, emprendió el gran viaje y se fué a descansar a la ciudad de Canillas, dejando en paz a su mujer, a los «hijos de su alma», que ya no podían con él, y que —digámoslo bajito— casi se alegraron de verle tendido entre cuatro velas". (20)

Y así se acabaron los disgustos y las penas, todo era bienestar.

La niña había crecido: "...espigó que era una gloria verla, y suaves tintas de rosa tiñeron sus mejillas". (21) El amor se asomaba, estaba en el momento de elegir. Clara, era pretendida por "...un estudiante del Preparatorio: ...luego un dependiente de «La Vizcaína», un gachupín, ...que noche con noche subía y bajaba en busca de Clara. En seguida un empleadito de la Receptoría, ...sin que nadie se diera cata de ello, hizo llegar a manos de la niña

18.—Ibidem., p. 200.

19.—Ibidem., p. 201.

20.—Ibidem., p. 202.

21.—Idem.

una epístola minúscula, expresiva y apasionada. A ninguno de éstos correspondió Clarita, ni con una mirada, y uno por uno fueron todos dejando el campo". (22)

Pero un día la buena muchacha eligió al que debía ser el compañero de su vida y lo manifiesta a su madre, quien con asombro y disgusto recibió la noticia. Clara se casaba con el talabartero del barrio, el más formal y humilde de los pretendientes. Para ello declara a su madre: "Que es bien parecido y buen muchacho y trabajador, y... que por eso anda siempre muy bien plantado y que me quiere y lo quiero". (23)

En el barrio, las vecinas comentan: "Clara la hija de la vecina se va a casar con Miguel... —¡Con razón yo los ví anoche tan apareados en la puerta!. Pues que se casen, hijita, que se casen. ¡Dios los ayude!" (24)

Amparo.

Es la narración de una mujer de un ferrocarrilero destrozado por la locomotora en un accidente. La viuda sin recursos económicos tiene que trabajar como cigarrera para sostener a su pequeña hija, Amparo; pero la infeliz madre es atacada por la tuberculosis, hay una lucha entre el trabajo y la muerte de la pobre obrera: "La infeliz viuda, abandonada en extraña tierra, dolorida y delicada, buscó y halló trabajo en una fábrica de cigarros; mas débil por naturaleza no soportó aquella tarea superior a sus fuerzas y se enfermó. La tisis, esa enfermedad de los pobres y los miserables, le echó la garra con tanta crueldad que pronto la infeliz viuda, antes tan activa y diligente comenzó a languidecer de tal manera, que era como cosa de milagro, como se sostenía y atendía todo.

Sin embargo, como podía iba a la fábrica". (25)

Algunas de sus compañeras le indicaban medicamentos, deseaba vivir sólo por su hija pero: "El mal seguía avanzando. La obrera de día en día estaba más delicada, sin apetito, con sudores y ca-

22.—Idem.

23.—Ibidem., 203.

24.—Idem.

25.—Ibidem., p. 207.

lentura todas las noches; pero el amor maternal vigorizaba aquel organismo". (26)

"Bien sabía la obrera que estaba tísica, que su enfermedad era incurable, sin remedio; pero sus esperanzas, único tesoro de los desgraciados la engañaban y de rodillas daba gracias al cielo lo que le otorgaba, no por ella sino por su hija, larga vida, un vida muy larga". (27)

La pobre mujer no podía seguir luchando, llegó el día en que ya no pudo asistir a la fábrica y sus compañeras le visitaron llevándole un médico, quien le recetó y a la vez ordenó le llevaran un sacerdote y hubo necesidad de separar a la niña. "Al día siguiente, cuando la enferma se sentía mejor, en los momentos en que nadie se lo esperaba, la desdichada viuda, llena de dulces esperanzas, se durmió para siempre". (28)

Al morir la madre, Amparo soporta los golpes de sus amos, en un hogar de gente grosera, la mujer que la recogió era demasiado severa y su marido un ebrio: "Y por quitame allá esas pajas, por lo más insignificante, por lo más mínimo, había golpes, azotes, injurias y malas palabras. La huerfanita huía e iba a refugiarse en su jergón creyendo librarse allí de su verdugo". (29)

La vida de la chiquilla transcurría dentro de ese medio de absoluta incomprensión, varios incidentes de la vida cotidiana le provocaban grandes penalidades, pero el último es aquel en que un día, inadvertidamente dejó escapar de su jaula a un clarín.

Amparo espantada y temerosa al castigo se echa a andar sin rumbo; pocos días después la pobre niña muere en febril delirio: "Trémula, azorada, llenos de lágrimas los ojos, consideró el castigo que le estaba reservado, y presa de honda congoja, levantó al cielo su mirada, buscando los angelitos de alas níveas.

...En barrio lejano, a la puerta de uua casa deshabitada, halláronla a media noche unos guardianes del orden público.

26.—Ibidem., p. 208.

27.—Ibidem., p. 209.

28.—Idem.

29.—Ibidem., p. 210.

Estaba sin conocimiento, ardiendo en calentura. La recogieron, y como nadie dió razón de sus padres, ni la conocía ninguno, la llevaron al hospital.

Allí murió días después". (30)

El destino fué implacable para las dos; pero Amparo tuvo el consuelo de ver "una legión de querubines que venían por ella". (31)

El caballerango.

Es la descripción de un tipo del pueblo, habla de su formación que casi llega a ser un oficio, una carrera: "Es el caballerango un artículo de necesidad, de lujo. Desciende por lo común de mayorales o vaqueros llegados a más o de artesanos en quienes el amor a la equitación echó tales y tan profundas raíces, que llegó a ser herencia de sus hijos". (32)

Pasa por una temporada realizando menesteres propios de un aprendiz, en algún establo, "hasta que por favor de algún señorito de aficiones hípicas, sale para servir en una «Casa grande», con el importante cargo de acicalar y poner guapos a los estimables moradores de la caballeriza". (33)

No es más que un simple criado durante sus primeros servicios, pero poco a poco va puliéndose. Ahora tenía vestido especial y su esfera social también había cambiado. Gozaba de privilegios y fueros que hasta sus mismos patrones respetaban; "...es ya merecedor de las confianzas del amo; se le encargan delicadas misivas; se le confían cartas que deben ser entregadas en propia mano; las tardes de corrida lleva a los niños a los toros; sale con las chiquillas de paseo, y lo que es todavía más honroso para él, recibe la comisión de cobrar dinero. Espera al amo cuando viene tarde, le acompaña si está de viaje... No tiene día libre: a todas horas puede ser necesitado, y ni por nada ni nadie, ni por su mismo amo, se le puede ocupar cuando dice que es hora de «ayantar» caballos o llenar pesebres". (34)

30.—Ibidem., p. 211.

31.—Idem.

32.—Ibidem., p. 220.

33.—Idem.

34.—Ibidem., pp. 220-221.

Era algo así como parte integrante de la familia. Nadie le puede llamar la atención, porque si en algo se le quiere sujetar así como cuando ha pasado la noche fuera de la casa, amenaza con marcharse “y como cuida tan bien a los caballos y los tiene tan lustrosos como un manto de seda, no se le puede despedir; así vive, y a menos que no vaya a terminar sus días a las órdenes de un cura de aldea, envejece y muere en la casa amando y respetando a su amo que le mimaba, le viste y le consiente, y llega a ser, a veces por su fidelidad y amor a los niños, a quienes enseña a cabalgar, una especie de ayo que de ordinario saca muy buenos aprovechados discípulos”. (35)

El caballerango a cambio de la gran bondad de su amo es agradecido, y se convierte en su incondicional defensor y admirador. “Todo lo de su amo es lo mejor; nadie monta mejores caballos que él; nadie es más rumboso que su señor, ni más guapo, ni más valiente, ni más afortunado en amores, ni otro ninguno tiene queridas más bonitas”. (36) Pero si su amo, cuando llega a pensar en serio y contrae matrimonio, el caballerango pocas veces se acostumbra a esta nueva vida, se va de torero si tiene facultades para ello, llegando a ser picador, otras veces si tiene ingenio, vende caballos inútiles a alguna hacienda, “y si le gusta la vida aventurera del soldado o con los años no asienta la cabeza, se engancha en la Gendarmería Rural, endosa la blusa larguísima que recuerda la camisa de fuerza de las casas de orates, y se planta el jarano gris con las colosales letras bordadas de plata: E.V., que lo mismo pueden decir «es valiente», como rezan según el acuerdo del gobierno: Estado de Veracruz.

En esta carrera pierde sus hábitos de lujo y de pulcritud, pero no olvida sus buenos tiempos, ni pierde la costumbre de calzar bien, ni se le acaba la afición a las hembras, y sigue por esas calles de Dios, requebrando criadas, conquistando gatas y chuleando notrizas. Esto cuando va de franco, porque cuando va en armas se contenta con guiñarles el ojo, así a la pasadita, con el aire de un César al frente de sus legiones vencedoras. Tal es el caballerango”. (37)

35.—Ibidem p. 221.

36.—Idem.

37.—Ibidem., p. 222.

“Caballerizos o mozos de espuela, como la nombraban nuestros castizos y ceremoniosos abuelos”. (38)

La gata.

Se refiere a la fiel sirvienta doméstica que en México fué y en la actualidad algunas ocasiones es denominada por el pueblo con el nombre de «gata o garbancera».

“Designábanle todos con el nombre genérico «garbancera», «garbancerita» si era guapa o coqueta, con el de «garbancito» si muy joven y tímida, y con el de «garbanzo» si pasaba de los veintiocho agostos, era recia de carnes y poco llevadera de bromas y chuleos en esquinas y mostradores”. (39)

Diversos menesteres tenía a su cargo, se le consideraba como un miembro más de la familia, que por regla general era numerosa. A ella se le confían “secretos, encargos, delicadas misivas y compras que exigen malicia y buen humor, toda vez que hay que tratar mercaderes expertos y muy amigos de vender en siete lo que vale cuatro” (40)

Sabe guardar los secretos amorosos de las señoritas, sirviendo en ocasiones hasta de tercera, llevando recados o cartas a los galanes.

Nos cuenta acerca de sus amores y de los graves peligros que la rodean, de sus paseos domingueros en compañía del zapatero o bien del talabartero. Ese “galán desenfadado y barbilindo, dueño de aquel corazoncito lleno de aspiraciones y temores, es el bello ideal de la «gata» en los años felices en que apenas pretende sacar la planta fuera de su clase, para entrar, por buen o por mal camino, en otra más elevada y más brillante”. (41)

Los peligros que la rodean son múltiples desde los mostradores de las tiendas donde surgen piropos galantes.

El “acecho de señoritos y caballeros que en domicilios, banquetas y corrillos procaces la persigue y la hostiga, suelen dar al traste

38.—Ibidem., p. 218.

39.—Ibidem., p. 223.

40.—Ibidem., p. 224.

41.—Ibidem., p. 225.

con su recato y su virtud,..." (42). Tiene sin embargo medios para defenderse ya sea con un gesto desdeñoso, expresiones burlonas y hasta "el revés bien dado a quien la violenta y la estruja". (43)

En fin llega a adquirir gran popularidad puesto que las encomiendas que tiene a su cargo se lo exigen.

En sus días de asueto participa de las alegrías de su clase.

Pero al pasar los años, si es soltera y su conducta ha sido de moralidad "... acaba su vida santamente asistiendo al sermón todos los domingos, y atendiendo pacientemente durante toda la semana, con noble afecto, a un solterón malhumorado, lleno de achaques y dolencias;... es cancerbero terrible para cuidar a sus compañeras jóvenes, manda en jefe a la servidumbre;..." (44)

¡¡¡To... rooo!!!

Es una escena popular en que después de una corrida formal se regala un toro a los aficionados "«es el toro de la plebe» y lo que ahora, en tiempos más democráticos, llamamos el toro del pueblo". (45) Gráficamente hace esta descripción: "Cien y cien bocas en grito unánime, potente irresistible, tremendo que tiene mucho de alarido salvaje y no poco de exclamación heroica, contestan, ensordeciendo el recinto y atronando el espacio: —¡¡¡Torooooo!!!. (46)

Esta multitud la forman los diversos tipos del pueblo que va pintando el escritor con gran maestría.

Nos muestra el temperamento de nuestro pueblo, el carácter de los individuos allí reunidos, su valor impulsivo, y hasta cierta actividad irracional que manifiestan en aquella fiesta de toros, "...todo un pueblo vigoroso, enérgico y valiente, que no sabe lo que es el miedo, que ama el peligro por lo que tiene de extraordinario y sublime y por cuyas venas corre sangre apasionada y heroica de castellanos heredada: sangre latina". (47)

En este cuadro de costumbres donde hay preponderancia descriptiva, se destacan las figuras del "Diablo", héroe popular, y la del

42.—Ibidem., p. 226.

43.—Idem.

44.—Ibidem., p. 227.

45.—Ibidem., p. 235.

46.—Ibidem., p. 230.

47.—Ibidem., p. 229.

“Chango”, ambos de acreditada fama y renombre público sólo en la fiesta, porque fuera de ella nadie sabe nada de ellos.

El escritor gustoso recoge el sentir y los diálogos de la gente después de que ha terminado aquel regocijo taurino que se agrupa en la calle para dispersarse. “La clase alta torna a su vida triste y monótona, a sus fastidios cultos y a sus enervamientos refinados; el pueblo, el pobre pueblo, feliz con su cansancio y orgulloso de sus proezas taurinas, regresa al hogar en busca de reposo, charlando alegremente y acopiando material para contar esa noche a sus amigos y vecinos los pormenores de la corrida, y alegrar con ellos hasta las horas de trabajo en la famosa fábrica, en el obrador humilde o en el acreditado taller”. (48) Y por último nos dice en tono un tanto humorístico: “Entre los que por allí pasaron, iban unos españoles decidores y francos; unas pollitas de rasgados ojos, muy pagadas de su florida primavera; dos yanquis trotones, muy rechonchos y altivos, que en vez de botas calzaban cascos de navío, y un viejo artesano acompañado de un apuesto mancebo simpático y alegre. Y así decían:

Un español: —¡Eso es muleta, chico! ¡Ni en Madrid!...

Las pollitas: —Será lo que tú quieras; pero ese hombre es muy guapo...!

Uno de los yankis: —¡Ah!

Este pueblo moch barbaridá...!

El artesano dirigiéndose al joven: —A mi hermano lo mataron en Churubusco, y a mí me hirieron en Molino del Rey...” (49)

Justicia Popular.

Debe considerársele como otro cuadro de costumbres con bellas descripciones de un cafetal de la región veracruzana. La buena gente que allí vive es trabajadora, sus faenas agrícolas les han dado magníficas cosechas: “¡Buena cosecha! Antonio, dueño del rancho, está contento. El año ha sido pródigo, los cafetos se rinden al peso

48.—Ibidem., p. 235.

49.—Ibidem., p. 236.

de los frutos, y ya están listos en bodega quince quintales completos, que darán a su dueño, vendidos en Pluviosilla o Villaverde, cuatrocientos veinticinco duros... ¡y lo que falta por levantar!" (50)

Cada uno de los moradores está en su lugar de trabajo, los «limpiadores» separan el café, así el «caracolillo» de la «panchuela».

Antonio se encarga de vigilar las faenas agrícolas, doña Merced la esposa de realizar los quehaceres domésticos.

Pancho narra a los chicuelos de sus proezas en la cacería, tía Chepa habla de sus enfermedades, tío Juan de sus hazañas contra los yanquis cuando fué soldado, y las jóvenes de sus amores.

De pronto la charla, el trabajo de los moradores y hasta el alborozo de las gallinas se ve interrumpido por una exclamación:

“—¡El chitero!.

—¡El chitero! —contestan a una, corriendo hacia afuera, para ver el gavilán que anda cerca”. (51)

Hay alboroto de las aves, que huyen asustadas a buscar refugio pero el gavilán ha llegado, llevándose a un polluelo, el temor persiste “la copetona blanca está triste y apenada. ¡Ha perdido un hijo!”. (52)

Ahora todo en silencio pero va a destacarse el ejecutor. Pancho quien va a buscar la escopeta, esperando con seguridad el regreso de la feroz ave al corral para apoderarse de otra víctima. De pronto se oye un tiro. El mozo con gran tino apunta hacia aquella ave de rapiña, y todo se vuelve júbilo, los niños corren a observar al animal herido. Pancho está satisfecho de su actuación.

Se ha hecho justicia: “momentos después, entre los gritos de los muchachos, y saludado por mil silbidos, el gavilán queda pendiente de la rama más vigorosa del copado jobo”. (53)

El ejecutor es aclamado:

50.—Ibidem., p. 268.

51.—Ibidem., p. 269.

52.—Ibidem., p. 270.

53.—Idem.

“—¡Viva Pancho! ¡Viva! —gritan los chicos y se retiran del patíbulo tarareando un toque militar... ¡tan, tan tarránt, tan... tan... tan... tarránt tan! ¡rata plán!” (54)

Epílogo.

Es la narración del idilio de un estudiante y una muchachita humilde y buena hija de un obrero acomodado de Pluviosilla.

Durante algún tiempo ocultan sus amores. “Los amores ocultos tienen mucho de encanto, pero... son por extremo peligrosos... Ni la vecina más curiosa... ni la familia de Elena sospecharon aquellas relaciones”. (55)

Elena le amaba pero se da cuenta que existía diferencia de posiciones sociales entre él y ella y sin embargo soñaba en un futuro cuando expresaba su amor: “yo soy pobre, de casa humilde, hija de un honrado artesano, es cierto; pero tus padres me amarán porque soy buena, sí, soy buena y seré mejor para hacerte dichoso, y para que tu familia me estime y me quiera”. (56)

La pobre niña cada día iba perdiendo alegría, presentía que aquel idilio no llegaría al altar, sin embargo cada día amaba con más pasión. Su carácter tímido de otro tiempo ahora era imprudente.

Las citas de los jóvenes habían cambiado de hora y de lugar que Elena buscó. El estudiante se sentía temeroso, pero sin embargo a medianoche asistía, y gozaba de aquellos instantes. El idilio llegaba a su fin, él se daba cuenta de lo peligroso de aquellas entrevistas con su novia y decidió concluir sus relaciones.

No volvió a verla sino años después cuando hace un viaje, la encuentra en un carro del ferrocarril, ella se había casado, era feliz, y en agradecimiento a la recta conducta que él le mostró, puso su nombre al hijo primogénito. Este final le hace perder dramatismo.

54.—Ibidem.. p. 272.
55.—Ibidem., p. 294.
56.—Idem.

Así.

Describe hábilmente la tragedia de Pedro.

El mozo huérfano de padre desde los once años, era de excelentes costumbres y sobre todo modelo de hijo, amaba a la madre entrañablemente. “Vida feliz vivían Pedro y María Antonia. Ella contenta, satisfecha de su hijo; él muy amoroso, muy pagado de ella.

—Mi madre —solía decir a sus amigas—, no es vieja ni fea, ¡Nada de eso! ¡Qué ha de ser fea! ¡Por ella no pasan los años!... Pero no volverá a casarse. Ni yo me casaré mientras ella viva, por mucho que son grandes, y muy grandes las ganas que tengo de casarme con Clara, la hija de mi maestro, porque el casado casa quiere, y yo no he de dejar a mi madre, que tanto me ama, y que es tan buena, tan honrada... porque ¡eso sí! a honrada no hay quien le gane”. (57)

Esta vida tranquila pronto había de terminar cuando una tarde al volver Pedro a casa, inesperadamente encontró allí a un hombre y da muerte a quien mancilló a la que él veneraba.

Para Rafael Delgado en quién está tan hondo el amor filial exclama: “¡tuvo razón! ¡Así debía hacerlo, así lo hizo, y así debe hacerse, así!”. (58)

Margarita.

Pinta el dolor y el fracaso de la joven Margarita que es apartada del lado de su protectora doña Carlota por escrúpulos irrazonables, o quizá por motivos de conciencia. La muchacha convivía con los hijos de la señora, cuidaba de ellos, y “en arranques de su afecto, acaso de gratitud y, sin duda alguna de cariño purísimo abrazaba y besuqueaba a los niños, sus «lindos hermanitos», como ella solía decir”. (59)

Los niños pronto serían adolescentes y a doña Carlota le preocupaba el despertar de sus hijos, y las reacciones que éstos tendrían frente al cariño efusivo de aquella criatura, por lo que un día de-

57.—Ibidem., p. 327.

58.—Ibidem., p. 328.

59.—Ibidem., p. 342.

terminó enviar a Margarita a la casa del licenciado Aguayo, no sin antes haber consultado y aprobado el caso con el cura.

La noticia fué dada a Margarita quien —“no replicó, no dijo nada en contra de la resolución que le habían comunicado; pero no pudo ocultar su emoción al saber a que casa debía ir.

—¡No —exclamó—, allá no!

Quedóse sorprendida doña Carlota, e iba a replicar, cuando Margarita, serena ya y resignada, agregó: —Tiene usted razón, ¡Allá, allá! ¡Sí, sí, con mucho gusto!”. (60)

En ese mismo instante Margarita urgió a la señora, y se dispuso a salir, insistiendo de tal manera, que doña Carlota le dijo:

“—Bien... te llevaré, pero sabe que el señor Aguayo tiene entendido que irás mañana.

—No; jamás —replicó—. No será eso motivo de gran disgusto para ese señor. Puede usted estar segura de que me recibirá muy cariñosamente!...

Estas palabras de la doncella parecieron extrañísimas a doña Carlota pero no le causaron alarma”. (61)

El tal Aguayo al darles la bienvenida lo hizo con gran entusiasmo y felicidad.

El deseaba a la joven y se lo da a entender. Ella se somete a pesar de su repugnancia al nuevo amo.

Días después recibió doña Carlota una carta brevísima en tono recriminatorio que decía:

“Me apartó usted de lo que más quería yo, de lo que más amaba, de lo que amo aún, de esos lindos niños, por quienes fui buena. ¡Dios se lo perdone a usted!. Le acompañe esa carta para que se imponga de ella. ¡Es muy interesante!... Era una declaración amorosa dirigida a Margarita por Aguayo. ¡Y qué declaración! La infamia y la lujuria la habían dictado.

60.—Idem.

61.—Ibidem., p. 343.

La buena señora, asombrada se cubrió el rostro...". (62)

¿A dónde vas? (1897)

Hay amor frustrado. Andrés ha pasado seis años ahorrando y ahora tiene alguna fortuna que ofrecerá a su amada. Medita en su felicidad: "Carmen es buena... ¡No hay otra como ella! ¡No la hay! Para ella ni fiestas ni bailes. ¡Su casita y nada más que su casita! Ya no piensa en Pablo. ¡Qué ha de pensar en ese haragán! ¡Todo eso pasó, pasó para no volver!". (63)

Cierto día en que Carmen no le esperaba se dispuso a ir a verle.

Eran grandes las ilusiones que el campesino tenía, le daría una gran sorpresa, calladamente llegó hasta el lugar donde Carmen estaba pero al acercarse a la casa oyó las risas de Carmen y un mancebo que con más fortuna disfrutaba del amor soñado de Andrés.

Va a disparar contra ambos y cuando estaba ya dispuesto surge el recuerdo de la madre "...Que triste y apenada decía: —¿A dónde vas?". (64) El buen Andrés se aleja silencioso.

El desertor.

Con dedicatoria "Al incomparable novelista don José María de Pereda".

En este relato la acción tiene lugar en ambiente campestre. El narrador hace gala excesiva en la descripción.

Hay una evocación cuando nos dice que la señora Luisa, la anciana madre quedó viuda... "no puede olvidar a tío Juan, a su «pobre viejo», como ella le decía. Ni un instante aparta de la memoria aquella noche horrible, tempestuosa, sangrenta, en que volviendo de la Villa, en la cuesta del Jobo unos bandidos asesinaron al honorable labriego". (65)

En el transcurso de la narración va diluyendo la figura del "desertor", produciendo en cada uno de los demás personajes la impresión favorable y es protegido por todos, le acogen como un miembro de

62.—Ibidem., p. 344.

63.—Ibidem., p. 324.

64.—Ibidem., p. 325.

65.—Ibidem., p. 272.

la familia; "Lucía y Mercedes le sirven al pensamiento. Los muchachos le traen de la ciudad puros, cigarros y aguardiente catalán para que haga las once.

Antonio le regaló una blusa de franela azul; Pedro, un pantalón nuevo, señora Luisa unas botas de baqueta, porque el hombre estaba descalzo". (66)

El les narra riñas con los indios bárbaros y las atrocidades de la "pronuncia" y de la "bola". Está agradecido con la familia y desea servir lo más que puede.

Después sucede el descubrimiento de quien es el "desertor", cuando el teniente, compadre de doña Luisa saca una orden para aprehender a un hombre, que se sabe, está escondido en aquella casa y advierte que es uno de los que asesinaron al marido.

La señora dudando todavía pregunta: "¿De veras?... El teniente hizo una señal afirmativa". (67)

Inmediatamente viene una lucha en el alma de la viuda, "...En sus ojos relampagueaba la venganza, y sin quererlo dirigía iracundas miradas hacia el cafetal, donde a la sazón estaba el asesino". (68)

En legítima defensa.

Relato en forma de confidencia, hecho por un viejo labriego que es el protagonista de una dramática historia: "Estábamos en tiempo de guerra. Por aquí, por allá, por todas partes, pasaban las guerrillas.

Como el camino real no está lejos y como por aquí hay caminos, que pocos conocen, para la Sierra y para Tierra Caliente, no había semana que los partidos no vinieran, ya unos, ya otros. Yo atendía bien a todos... y con sacrificio, porque apenas, con un piquillo que heredé de mis padres, comenzaba yo a trabajar". (69)

Para acrecentar sus siembras y su ganado había pedido un dinero que tenía que pagar, debía cumplir el compromiso. "Por la

66.—Ibidem., p. 273.

67.—Ibidem., p. 274.

68.—Ibidem., p. 275.

69.—Ibidem., p. 214.

misericordia de Dios todo iba bien... aunque había que trabajar mucho de sol a sol, algo se hacía". (70) Pero una noche llegaron "los de la guerrilla" (71) les dió todo cuanto pedían pero tenía que defender aquel dinero que era su trabajo; sufrió atropellos e insultos pacientemente. "Entonces el corneta dijo:

—¡Que dé el dinero, el dinero que tiene! ¡El comandante nos dijo que lo tenía!

Lo sabían bien, porque dijo cuánto era: ¡tres mil pesos!... yo les contesté:

—¡Hoy mandé el dinero! ¡Ya habrá llegado a Pluviosilla!. Yo se los habría dado, pero era mi honor el que estaba de por medio ¡Era mi crédito! ¡Era el fruto de mucho trabajo, de mucho trabajo!. (72)

Había dado todo cuanto podía menos aquel dinero que era sagrado, lo había escondido en un barril de agua.

Al fin tuvo que matar sin querer para defender lo que le pertenecía. Uno de aquellos asaltantes se había lanzado sobre el anciano pistola en mano diciéndole: "—¡Ande suelte el dinero... y me dijo... algo de mi madre...".

No pude más, no quise dejarme atropellar... Me hice a un lado, me abajé de detrás del mostrador, me barrí, ya con la escopeta en la mano, apunté, disparé... y el jefe, herido se bamboleó y cayó...". (73).

A quien pretendió robarlo le dió muerte "en defensa propia". El mismo se entregó a la autoridad y le tuvieron preso.

Poco tiempo después fué absuelto, y quedó libre.

Pero un remordimiento le acosaba, y lo hacía sentirse triste y abatido.

70.—Idem.

71.—Ibidem., p. 215.

72.—Ibidem., p. 215-216.

73.—Ibidem., p. 216.

El asesinato de Palma-Sola.

Es la narración de un asesinato que se inicia con el fin de un proceso en donde el crimen deja burlada a la justicia. "Ese crimen, como otros muchos, quedará sin castigo.

En fin... ¿no dicen por ahí que donde la humana justicia queda burlada, otra más alta, para la cual no hay nada oculto, acusa, condena y castiga?". (74)

Luego hay en esta historia una evocación de la traición y el crimen que ha de llevarse a cabo.

La víctima es un hombre que cabalga en una mula de regreso a su hogar ya por la noche, haciendo reflexiones sobre los innumerables méritos que tiene "La Diabla", su mula. Al llegar es recibido por su mujer.

Todo era silencio, el buen hombre dormía, sólo Margarita no pudo o no quiso hacerlo. El asesinato se consumó a la madrugada cuando ella obligó al marido a salir: "El rancharo se embrocó el sarape, tomó el machete y salió al portalón.

Margarita dejó el lecho, y quedó, muy quedó de puntillas, conteniendo el aliento, fría de terror, erizado el cabello, se fué hasta la puerta. Allí en espera de algo terrible, se detuvo a escuchar...

De repente sonó un disparo. Se oyó un grito; después un ¡ay! lastimero; en seguida un quejido; y luego un aterrador silencio del campo adormecido". (75)

Han pasado ocho años, arrepentida la mujer confiesa su complicidad en el crimen que cometió su amante. El remordimiento no la dejaba vivir.

Este cuento es histórico según advierte el autor.

Voto infantil.

Puede observarse en la nota que el autor hace antes de iniciar el relato que el tema está basado en un suceso histórico de nuestra

74.—Ibidem., p. 263.

75.—Ibidem., p. 265.

patria; en 1892, México había recibido propuesta de los Estados Unidos respecto a la devolución de las banderas que se arrebataron a las tropas mexicanas en la guerra de 1846-1848. Esta produjo una protesta general en la opinión mexicana.

El suceso es aprovechado por el escritor y nos presenta a un veterano de la guerra que perdió un brazo en defensa de la patria.

Sufrió muchas injusticias y sus méritos en campaña no fueron tomados en cuenta por lo que tiene que hacerse maestro de escuela para substituir. "Ahí lo tienen ustedes en la escuelita del barrio de los Desamparados". (76)

Don Antonio, el maestro, hizo sentir con sus palabras saturadas de elocuencia, a sus alumnos, la injusticia que el país había sufrido por el invasor, aludiendo a una serie de referencias históricas y los exhorta para que no admitan ninguna humillación a la patria.

Los niños se habían compenetrado de la reconvención del maestro: "...vosotros, hijos míos, decidme, ¿queréis que Méjico reciba esas banderas?".

En una exclamación unánime, entusiasta, ardiente, que parecía un anuncio de futuras glorias, la turba infantil contestó al punto: —¡¡¡No!!!". (77)

La noche triste.

Se conoce en las tradiciones de Pluviosilla con el nombre de "Noche triste de Orizaba y derrota de Hevia por las viejas"; (78) es un episodio acontecido en Orizaba, que según la tradición local el hecho tuvo lugar el 15 de octubre de 1819, bajo el gobierno militar de un coronel español Francisco de Hevia.

La ciudad de Pluviosilla vivía por aquella temporada acosada por una serie de calamidades y como era costumbre todo el pueblo se entregaba a realizar rogativa para desterrarlas.

Una tarde cuando Hevia disfrutaba del espectáculo de una compañía de faranduleros, capitaneada por un payaso de fama, llamado

76.—Ibidem., p. 238.

77.—Ibidem., p. 241.

78.—Ibidem., p. 281.

Félix Cancela, ocurrió el desastroso choque con los franciscanos y la procesión.

El coronel se opuso a que el acto religioso interrumpiera la actuación teatral y como sus órdenes no fueron oídas, hizo mandar a los soldados para dispersar aquel grupo. La intervención de los "granaderos" había sido nula. "La multitud se había dispersado buscando refugio en las casas vecinas y por las calles próximas.

El belicoso jefe refrenó sus iras y dispuso que los granaderos volvieran al Cuartel". (79)

También hay escenas de humorismo: "Todas las mujeres se precipitaron contra el irritado Coronel y dieron sobre él golpes y pellizcos. A duras penas consiguió Hevia salir del paso...". (80)

Los cuentos titulados: *El desertor*, *En legítima defensa*, *El asesinato de Palma-Sola*, pueden considerarse como históricos, ya que el propio autor en éste último, así lo advierte con una nota. En los otros, aunque no hace esta observación alude a hechos, como en *Legítima defensa*, cuando en labios de su propio personaje nos dice que: "Era en tiempo de la guerra esa que llamaron de los tres años". (81)

En *El desertor* se deja entrever que fué en épocas en que el país no gozaba de tranquilidad.

El tema de *Voto infantil y Noche triste*, también tienen como base, sucesos históricos. El primero es patriótico y el segundo tradicionalista.

Como descriptivos, *Mi semana santa* y *Crepúsculo*, que son notas de viajes, sucedidos matizados por la imaginación del autor, haciendo un canto a las bellezas de la naturaleza.

Mi semana santa.

Relata el autor un viaje por lugares de su región que son definidos por su autenticidad geográfica.

Va acompañado de un poeta y un seminarista.

79.—Idem.

80.—Idem.

81.—Ibidem., p. 214.

Los viajeros asistirán después del recorrido por la sierra a los actos religiosos de una semana santa, en una hacienda.

Nos habla de las solemnidades y ritos de los días santos, a donde el autor entrega su veneración, franca y pura a Cristo, dejando conocer aquí su gran sentimiento religioso.

“A fuer de cristianos y de artistas debemos decir que no creemos que haya en el culto católico otra ceremonia más bella y conmovedora, más imponente y más piadosa. No es posible asistir a este acto sin que las lágrimas asomen a los ojos. Toda la religión cristiana está en esa ceremonia. ¡Qué decimos! Toda la vida del cristiano”. (82)

Crepúsculo.

(Recuerdos de un Viaje a la Costa de Sotavento.)

Es una descripción primero de un paisaje árido, para pintar después le vegetación exuberante de Orizaba que Delgado con su pluma hace que el lector se transporte a tierras veracruzanas y quede como él, extasiado, pronunciando sus palabras: “Ante aquel cuadro jamás presentido y nunca imaginado, lleno de fe, de admiración, de respeto y gratitud, detuve mi caballo, y trémulo, con la frente baja, murmuré el nombre sacrosanto del autor de tantas maravillas”... (83)

El autor también ofrece cuentos costumbristas en donde hace resaltar un gran humorismo. Relata acontecimientos chispeantes de la vida de Orizaba.

Para toros del Jaral.

Va a destacar personajes de la vida cotidiana pero sobre todo la de don Malaquías López, peluquero de Villapaz hombre “leído y escribedo”, quien tenía intervención en todos los asuntos del pueblo.

Sin la opinión del barbero nada podía realizarse, desde su peluquería disponía de alcaldes, maestros, empleados públicos, curas y hasta de sacristanes, todos los vecinos estaban en sus manos con ple-

82.—Ibidem., p. 322.

83.—Ibidem., p. 292.

no conocimiento de ello pues siempre trataban de tenerlo satisfecho y si alguno no lo hiciere, pronto verían su infortunio, como sucedió a un maestrillo de escuela que un buen día se atrevió a comentar en algún corrillo sobre la ignorancia de Malaquías.

Aquel importante hombre siempre se expresaba mal de cuanto sacerdote llegaba al pueblo y “los párrocos duraban allí lo que dura en el triste una alegría. El Obispo, aunque discreto y machucho no sabía que hacer, y la fama del pueblo corría en proverbio entre la clerecía:

¿Vas a Villapaz?

Pues... pronto volverás”. (84)

Por aquel pueblecillo desfilaba lo mejor del clero, y lo cierto es que el proverbio se cumplía. La gente era piadosa y buena pero no podía sacudirse de la influencia del listo barbero.

Este asistía a la iglesia siendo el primero en ocupar el mejor lugar para oír el sermón, pero nunca la elocuencia de sacerdote alguno le satisfacía y al salir recorría el pueblo, convenciendo a los moradores de que el buen predicador era un ignorante como a todos constaba repitiendo el principio del texto que acababa de escuchar “No sabe más que hasta el capítulo cuarto y hasta el versículo sexto”. (85) Con esto bastaba para que los feligreses no regresaran a ningún acto religioso y en comisiones, presididas por el mismo Malaquías se dirigían al obispo, solicitando otro cura.

Pronto llega otro párroco que había sido informado de lo que allí acontecía y sobre todo de la actuación del peluquero.

Este nuevo párroco logra afirmarse donde sus antecesores fracasaban, porque al iniciar su primer sermón asombra al influyente de aquel lugar, al citar versículos de la Biblia con cifras muy elevadas. El inteligente padre Domínguez con toda ironía dice: “—Palabras tomadas del Santo Evangelia de San Lucas. Capítulo: cinco millones, trescientos cuarenta y tres mil, quinientos catorce”. (86)

84.—Ibidem., p. 347.

85.—Ibidem., p. 349.

86.—Ibidem., p. 350.

El barbero ahora estaba satisfecho, por la extraordinaria sabiduría del cura y los feligreses también mostraron su admiración. El padre Domínguez había triunfado en el pueblo de Villapaz en donde era muy querido y respetado por todos.

Genesiaca.

Nos dá la semblanza de don Aristeo, en un tono alegre y simpático.

Don Aristeo expone la desigual distribución de la inteligencia y del talento en los hombres; haciendo desfilar a varios personajes del lugar como prototipos de tontos, entre ellos se citan a Juanito Peteneras, carente de toda gracia quien pretende ser tenor cómico, doña Robustiana que al leer en una revista los títulos de piezas musicales que son poéticos, le parece que son versos y otros personajes más de quienes don Aristeo exclama: “¡Guárdeme Cristo de tratar con tontos! ¡Huyo de ellos; pero los compadezco de todo corazón: qué culpa tienen de haber sido... de los últimos...!

—Hay muchas clases de tontos. Los tengo así clasificados: tontitos: los pobres de espíritu que no merecen ni pena ni gloria; semitontos: la mayor parte de las gentes; los tontos públicamente reconocidos como tales; tontos de tontos: los de capirote; tontos cultos; y ...tontos cultísimos. Estos suelen, ser muy nocivos a pueblos y naciones.

Pues bien: así como los mandamientos del Decálogo se encierran en un par de preceptos, los tontos se dividen en dos grandes grupos: tontos soportables, unos; insufribles, otros”. (87)

El cuento sigue desarrollándose con gran soltura y buen humor, en el que el autor presenta una pintura de legiones angelicales que se ocupan de plasmar a las criaturas terrenas: “Hicieron de todo; beldades gentilísimas y gallardos varones; jibosos grotescos y lindísimas pollas; corpazos hercúleos y monicacos enclenques y risibles. Los plasmadores habían terminado su tarea, y sólo faltaba llenar cabezas, pues todos los muñecos tenían el cráneo hueco. La manipulación no era difícil; una cucharada de almodrote por ca-

87.—*Ibidem.*, p. 353.

beza, una palmadita en cada frente y... luego; que viniera Dios a animar peles cuando lo creyese oportuno". (88)

De esta primera tanda salieron científicos, pintores, místicos, dramaturgos, novelistas, hombres de gran ingenio; pero como el "preparado" se hubo terminado, las últimas cabezas fueron llenadas de engrudo, siendo calificados de tontos.

Esta parte del relato sale fuera de la realidad. Termina con un breve diálogo entre don Aristeo y quienes lo escuchan, acentuando gracia cuando surgen las preguntas dirigidas al narrador.

"¿Y usted? —preguntó el Doctor Pérez...

—¡De los últimos! ¿No dicen ustedes, en ausencia mía, que mi cerebro no anda bien?

—¿Cuáles son los tontos... insufribles?

—No es difícil responder —contestó don Aristeo, levantándose. —¿Quiénes? Pues... aquéllos que presumen de tener talento y... no le han...". (89)

Pancho el tuerto.

Aquí el autor se muestra ingenioso, con gran sentido del humor, cuenta graciosamente lo que aconteció a Pancho el tuerto, hombre de gran popularidad, es el prototipo del lépero listo de nuestro pueblo.

El suceso tiene lugar en esta ciudad de México.

Coloca al personaje en el momento más propicio, cuando está en estado de plena embriaguez, un barbero se aprovecha para vestirlo de hábito y tonsurarlo.

El infeliz Pancho que ha perdido la conciencia va a parar a un convento causando gran disgusto al padre Guardián.

El final del relato se desenvuelve en un diálogo en el que Pancho, azorado, con cierta resignación burlona exclama: "—¡Pos ya soy fraile!" y explica al lego lo acontecido. (90)

88.—Ibidem., p. 355.

89.—Ibidem., p. 357.

90.—Ibidem p. 362.

Rigel.

Relato en que el propio Delgado dice que estando de tertulia, como es costumbre hacerlo en la vida provinciana, lo oyó contar de labios de su amigo el licenciado don Agustín Portas Ariza.

También afirma que esta narración proviene de fábulas de la antigüedad hasta llegar a Lesage, quien lo incluye en un capítulo del *Gil Blas de Santillana*.

Don Rafael después de haberlo oído lo actualiza y lo coloca en la época y el país que a su parecer podían servirle.

Rigel es una narración que tiene gran ingenio. El solterón, don Cándido Altamira va a vivir a una playa de España, y tiene un perro de lanas, que es su favorito, a quien mima y le da todo su afecto, cariño que habría podido dar a un hijo o a una esposa.

El perro un día se enferma y muere y se le hace un suntuoso funeral. El representante de la iglesia naturalmente censura estas actitudes de don Cándido. Cuando el cura del lugar se entera de que Rigel, el perro, le ha heredado dos mil pesetas, cambia su actitud "...éste volviendo el rostro hacia la capilla ardiente y guardándose la cartera con la siniestra, mientras, impulsado por la costumbre, trazaba con la diestra, un garabato a manera de cruz, exclamó:

Señor don Cándido: pues perrito que tal hace... «requiescat in pace»". (91)

Hay numerosos detalles en los diálogos que el personaje tiene con el ama de llaves, doña Prudencia y con el perrito.

Lo que en épocas pasadas era herejía para la iglesia, hoy en nuestros días sólo resulta ser humorístico y quizá así lo haya tomado don Rafael, o bien, es la censura para un solterón.

Adolfo.

Es un cuento de tipo romántico. Adolfo es el protagonista, joven distinguido que ama a la bella Enriqueta, su prometida quien corresponde al amor del galán. Adolfo se sacrifica renunciando al

91.—*Ibidem.*, p. 334.

amor de la mujer que iba a ser su esposa. Lo hace por gratitud, hacia aquel hombre, don Alberto, que era amigo desde la niñez de su padre a quien le salvó de la ruina y... la bancarrota, la miseria acaso el hambre". (92) De ese modo le probó su amistad y Adolfo así saldaba una deuda de familia.

El protagonista busca el olvido en viajes, en juegos de azar, trata de aturdirse en el bullicio ,después cae en el vicio de la embriaguez, vive desesperado.

Amistad.

Relato breve, en el que pinta una estampa, con tema realista, y con algo de romanticismo.

El drama no llega a desarrollarse sólo está sugerido en un breve diálogo. La escena tiene lugar en una cantina, de esta ciudad de México. Son dos amigos, uno de ellos está a punto de suicidarse por no poder saldar una deuda; pero el amigo desprendido y generoso logra salvarle del deshonor y la muerte, entregándole una cantidad de dinero.

El final va seguido de un comentario, un tanto doloroso, en donde el autor reflexiona sobre el poco reconocimiento que la gente tiene para las acciones de los hombres nobles como en el caso de este relato del buen amigo, "acaso esa alma generosa a fuerza de ruegos y de cariñosa energía, le apartó del crimen, no tenga en caso semejante, ni quien le ame, ni quien le consuele, y le aleje de los abismos en que diariamente perecen tantas almas nobles dignas de mejor destino. Acaso cualquier día reciba como premio de esta buena acción, negra ingratitud, y con ella el insulto, el ultraje, la burla y el ridículo". (93)

El retrato del nene.

(Historia amorosa).

Es la historia de un joven provinciano, que es enviado por sus padres a estudiar a esta capital. Julio, estudiante de excelentes cos-

92.—Ibidem., p. 199.
93.—Ibidem., p. 207.

tumbres se enamora de una bonita muchacha de la ciudad que es buena. Inés corresponde al amor del mozo. El estudiante pronto es maleado en la ciudad por influencias nocivas, como es el ejemplo de irresponsabilidad que le ofrecen sus compañeros.

La virtud de Julio no es consistente y los amores que en un principio sólo son una fantasía poética, se truecan en íntimos, hasta llegar a la seducción de la joven.

El se resiste a contraer matrimonio y ella antes de ser madre se aparta de Julio, enviándole después al irresoluto, el retrato del hijo de ambos para que lo conozca.

En el reverso de la fotografía Inés había escrito:

“Tu hijo.

Se llama como tú”. (94)

El retrato está en el cuarto de Julio y cuando le preguntan:

—“¿Y quién es este nene?

responde: —¡Un sobrinito!

y dice para sí, tristemente y con los ojos preñados de lágrimas, quedo muy quedo, como si temiera oír la voz de su conciencia:

—¡Un remordimiento!”. (95)

En el anfiteatro.

Es un cuento con notas realistas, por lo macabro de la descripción, el autor recurre a medios de terror, pero también se destacan rasgos de humorismo.

Es un joven que durante su niñez había sido mimado extremadamente por su madre y que al llegar a la adolescencia fué enviado como aprendiz a la botica de don Procopio Meconio, único farmacéutico de Villaverde, a donde el jovencito permaneció dos años. Más tarde su padre le ordena trabajar en la botica del hospital de la población.

94.—Ibidem., p. 311.
95.—Ibidem., p. 312.

El joven estaba enterado de las pesadas bromas que los practicantes sabían jugar a sus compañeros noveles y siempre trató de evitar las travesuras.

Sus compañeros del hospital, quienes eran alegres, pronto le hicieron partícipe de sus tertulias y bailecitos en los que se sentía contento y su manera de proceder cambió. El mismo declara: "Me volví malvado y travieso, jugué a mis compañeros muy buenas pasadas, y siempre impunemente. Nunca sospechaban de mí; jamás descubrieron al autor de la broma. Al fin recibí el castigo que tenía yo merecido". (96)

Sus compañeros del hospital de Villaverde una noche, le ataron colocándolo entre dos cadáveres, el de una negra y el de un obrero apuñaleado, en el anfiteatro, donde le obligaron a pasar la noche. El joven narra su terrible angustia y desesperación en aquel lugar:

"El rostro de la negra estaba junto al mío, y si trataba de apartarme de ella tenía yo que descansar la mejilla en la cabeza del obrero. Trasudaban los cuerpos algo glutinoso que empapaba mi rostro... Pugué por desatarme,... me resigné a morir, y me abandoné sin ánimo casi sin aliento.

...A poco sentí que algo corría o se movía sobre mí. Eran ratones, ratones hambrientos que venían a roer los cadáveres. Logré ahuyentarlos a gritos, escupiéndolos, moviéndome en cuanto me era posible. No supe más de mí. Al amanecer vinieron a sacarme de aquel suplicio. Me encontraron sin conocimiento...". (97)

Después el protagonista elige el camino del sacerdocio a causa de esa pesada broma, en la vejez irá a asistir sin repugnancia, a un limosnero leproso del pueblo.

Para testar.

El autor lo trata en forma realista y dentro de un plano legal.

Cuatro hermanos que sufren dolorosamente por el estado que guarda su padre quien está próximo a fenecer y es preciso que haga testamento. Hay gran indecisión para hablar al enfermo de este

96.—Ibidem., p. 247.

97.—Ibidem., pp. 248-249.

asunto pero al fin uno de los hermanos se atreve a hacerlo y el padre le ordena que le lleve al sacerdote y al notario.

Después de haber hablado con el sacerdote el padre de los jóvenes, les hace saber la incógnita acerca de la paternidad de un hijo, exponiendo razones jurídicas y les dice: "Es preciso que haga yo testamento. Todos, según las leyes sois mis herederos y yo no quiero, en uso de los derechos que ellos me conceden, mejorar a nadie, ni a título de justa indemnización. Y sin embargo... tal vez estoy obligado a hacerlo con alguno de vosotros.

...Por graves motivos de moral y por muy altas razones de justicia está prohibida la investigación de la paternidad... Ante la ley todos sois hijos míos... pero si todos heredáseis por igual, alguno llegaría a ser dueño de lo que pertenece a los demás. Bien, a vosotros, que habéis sido tan nobles y tan buenos hijos, toca decidir. ¿Queréis que diga quién de los cuatro no es hijo mío, y sabiéndolo, ceder los tres parte proporcional en favor del cuarto? ¿Queréis hacer la misma cesión, todos a una, e ignorar siempre, quién es el que por malos caminos vino a este hogar a vivir bajo este techo, a gozar de bienestar y opulencia y a tomar mi nombre? Escoged". (98).

La solución es la que corresponde a la nobleza de los cuatro hermanos, entre quienes se halla aquel que fué el fruto del pecado materno, descubierto por el padre en una carta, poco antes de su muerte.

El padre estaba satisfecho por la actuación de sus hijos, y esperaba tranquilo el momento de partir.

Como cuentista supo cultivar este género. Sus cuentos como él mismo afirmó en el prólogo de sus obras fueron escritos al mediar su vida, como fruto no de una labor detenida y continua, sino más bien trazados en los ratos que sus ocupaciones de maestro y hombre estudioso le dejaban libres como preparación para sus novelas. Fueron publicados en diversos periódicos del estado de Veracruz, 1876 a 1902 y compilados en un tomo de la *Biblioteca de Autores mexicanos titulado Cuentos y notas*.

98.—Ibidem., pp. 339-340.

Como dato interesante proporcionado por un exalumno del maestro Delgado, dice que Havacuc C. Marín, hombre estrafalario del estado de Veracruz, gustaba de obtener noticias literarias y rebuscaba en revistas y periódicos de la época aquellos que le agradaban, así copió los cuentos de este escritor.

Estos manuscritos fueron vendidos al Dr. Francisco R. Vargas.

Los temas, como ha podido advertirse, son sencillos, de gran veracidad, casi todos gravitan alrededor de los recuerdos de su vida en la provincia, todos sobre su mundo tradicionalista.

El mismo nos indica que los relatos no siempre son cuentos, a veces son descripciones y evocaciones de la naturaleza, recuerdos de viajes, que podrían considerarse notas; también aparece la anécdota que el autor juzga como un sucedido. En otros casos hace presentación de cuadros de costumbres dibujando tipos populares, cuidadosamente analizados, advirtiendo que: "El romanticismo había puesto de moda el costumbrismo. Pedía el «color local» como indispensable a toda narración romántica. Esto lo realizaban ya costumbristas. No es extraño pues, que el realismo haya venido a favorecer el auge de la novela regional". (99)

Otras veces da cierta dosis de ironía y esto lo coloca dentro del humorismo.

Puede observarse que la evolución de Rafael Delgado va del romanticismo al realismo y es natural ya que para el escritor lo romántico y lo realista no son antitéticos en la vida, ¿por qué habían de serlo en su producción literaria? según afirma Joaquina Navarro.

Don Mariano Azuela al hacer una apreciación de la labor de Delgado nos dice que "sólo fué realista en apariencia, sabiendo aprovechar los recursos de esta escuela literaria en boga", y posteriormente continúa expresando que hay "cierto romanticismo mañosamente oculto, asoma, no muy de tarde en tarde, y en ocasiones, cuando se descuida, se impone en pasajes muy importantes. Pero la medida y la discreción que son su característica, lo salvan de estos desfallecimientos". (100)

99.—JIMENEZ RUEDA JULIO. Letras mexicanas en el siglo XIX, Colección Tierra Firme. Fondo de Cultura Económica.—México, 1944. p. 163.

100.—AZUELA MARIANO. Cien años de novela mexicana. Ediciones Botas. México, 1947. p. 137.

Sus cuentos, como ya se dijo, tienen variedad de temas y se puede observar que el escritor tiene facilidad de dar interés al relato en un suceso breve captando el rasgo dominante de un personaje, además describe en forma viva y precisa las situaciones de los asuntos que refiere.

III

A M B I E N T E .

El ambiente de los cuentos y notas de Rafael Delgado está dedicado a pintar la tranquila vida provinciana.

Sus cuadros costumbristas pintan el ambiente en que se desarrolla el suceso, a la vez que los sentimientos de la sociedad, con sus costumbres, ideas y lenguaje.

El ambiente regional ocupa un lugar preferente en su obra.

Otras veces nos lleva a lo anecdótico situando la acción en ambiente adecuado.

Admirador apasionado de la naturaleza y con grandes aficiones de botánico, sintió con gran intensidad, la armonía que le brindaba el magnífico paisaje de Orizaba suave y lleno de dulzura en donde se recreaba con la variada flora de sus tierras, que sienta a maravilla con el alma del escritor, tímida, apacible y melancólica, es por ello que Rafael Delgado es un magnífico paisajista pintor de ambientes llenos de vida y color.

Buscó la belleza en la reproducción de la naturaleza siguiendo su ideal de hacer sólo una obra artística. No trata en sus narraciones de penetrar en los problemas sociales, sino de presentar magistralmente ambientes o sucesos "vistos, oídos o imaginados".

Su realismo es poco crudo ya que sólo nos pone en contacto con la vida tal como la vió, y en esto mucha razón tiene don Victoriano Salado Alvarez cuando dice: "El gran mérito de Delgado estriba para mí en haber descrito admirablemente la vida de las poblaciones

cortas con sus chismes, sus rivalidades, sus fiestas y sus tristezas...".(101)

Orizaba, es el punto de arranque de sus recuerdos de niño, y a donde encauzó su vida magisterial y de las letras. Ciudad que por entonces sólo tenía una fábrica de hilados y tejidos, la de Cocolapan y cuya vida dependía principalmente de las fincas agrícolas de los alrededores y de un mediano comercio. Sus pobladores sosegados, cerrados y un tanto chismosos, eran demasiado regionalistas allá por el año de 1878.

En Córdoba, como ya se dijo, sólo vió la luz primera Delgado y propiamente no tuvo experiencias de esa ciudad por lo que hace suponer que Orizaba es la ciudad a donde se van a desarrollar todos sus relatos, y a quien el escritor bautizó con el gráfico nombre de Pluviosilla, que tan bien sienta a la ciudad de las neblinas y las lloviznas o chipichipi que llevan al valle los vientos del norte.

En otras ocasiones la acción se desarrolla en Villaverde, así en la novela *Angelina*, afirmando algunos autores que es Córdoba, ciudad cercana a Orizaba, y el propio autor en su prólogo, ruega al lector que no se meta en honduras ni se empeñe en averiguar dónde está Villaverde.

Villa Triste, de *Historia vulgar*, parece ser también Orizaba, siempre presente en la imaginación del maestro. Lo cierto es que personas como algunos de sus exalumnos y que trataron al escritor, identifican los sitios y comarcas de los que aparecen en sus relatos, como pertenecientes a Orizaba.

El maestro Francisco Monterde dice: "Pero, al intentar ese proceso de universalización y afianzamiento de lo transitorio, local, hay algo que le estorba un poco. Varios nombres geográficos, día tras día tan repetidos por la gente, que se los sabe de memoria, le parecen quizás —como a otros novelistas y dramaturgos españoles los propios— a veces nada literarios, o excesivamente ligados con la tradición arábigo-española.

Por la primera razón, Orizaba, de clima lluvioso, en sus páginas será «Pluviosilla»; Río Blanco se convertirá, como en una églo-

101.—SALADO ALVAREZ VICTORIANO. Estudios de crítica.—De mi cosecha. Imprenta de Ancira y hermano. A. Ochoa 1899. Guadalajara. p. 79.

ga, en «Albano» —que, al fin lo blanco se prodigaría en otros nombres: Venta Blanca, Torre Blanca, —y, por la segunda, Córdoba para diferenciarse de la morisca, se transformará en la simbólica Villaverde, vecina de Villapaz y Villavieja. En cambio otros nombres —Medellín, la costa de Sotavento, el Citlaltépetl— permanecerán sin disfraz, en sus *Cuentos y notas*". (102)

El panorama que está ante sus ojos es limitado, por ello no es raro que se encuentren repeticiones, se circunscribe a los problemas de su localidad mostrando la observación directa del medio y las costumbres de sus contemporáneos.

Ya situado el lugar, el escritor va por un mundo familiar y presenta el ambiente de la clase media en que vivió, donde hay descripciones de sucesos pequeños que generalmente no salen de la vida normal.

Por otra parte hay que recordar que Delgado, vivió lejos del ambiente político, quedando al margen de todas las preocupaciones de la época porfiriana en México.

Sus relatos, mucho tienen de autobiográfico, así como recuerdos de su infancia, que hace con gran deleite.

La chachalaca.

Es la evocación de tiernos recuerdos de la infancia, en un ambiente familiar. Las escenas transcurren alrededor de la llegada del padre al hogar, después de una cacería.

La persecución que el niño hace en el corral hasta lograr la captura de la chachalaca es una desobediencia a las órdenes paternas.

El ambiente que hay en este relato sólo es para dar vigor a las ideas y sentimientos de culpabilidad del protagonista por la muerte del ave.

Mi única mentira.

Aquí el ambiente va a nimias fechorías de un ratón que roe los papeles del padre.

102.—MONTERDE FRANCISCO. Prólogo y selección a cuentos de Rafael Delgado. B. E. U. 39. Ediciones de la U. N. A. M. México, 1942. p. XIV.

Todo sucede en la habitación del niño. El autor se limita a presentar el carácter débil del protagonista, a mostrar su miedo exagerado ante aquel animalito que no se atreve a matar.

La acción podría situarse en cualquier lugar.

Amor de niño.

El ambiente que sustenta a este relato es el que bulle en los sentimientos románticos del protagonista, quien hace evocaciones de un amor ideal de su juventud, realizando un acto continuo de adoración y contemplación ante un cuadro que representa a Cordelia, una heroína de Shakespeare a la que convierte en un ser real dentro de su mundo interior.

El campo es un escenario favorable, allí recolectaba ramos de orquídeas y helechos para ofrendarlos a aquella mujer soñada.

Misa de madrugada.

El escenario es aquí en la capital, en la Insigne e Imperial Colegiata de Santa María de Guadalupe. Hay ambiente de tristeza, de soledad. “El Colegio con su aspecto monacal, con sus altas paredes ennegrecidas con su estrecho patio, sin fuentes, ni flores, sin árboles; las cúpulas cercanas, las cuatro torres de la Basílica; siempre iguales, siempre en el mismo sitio, pesaban sobre mi alma como la losa de un sepulcro...” (103)

Ambiente de una vida monótona entre sacerdotal y estudiantil, que sólo es alterada por celebraciones religiosas como la fiesta de los naturales y de la Aparición, la de los Santos Inocentes en que los “coloraditos” entonaban salmos, otro dirigía el coro, o bien cantaban.

El ambiente también lo constituye un acontecimiento histórico, cuando describe cómo meses antes en aquel mismo lugar todo era esplendor en el templo y ahora todo era lúgubre y triste, era la última vez que asistían a misa Carlota y Maximiliano. Es la caída del imperio.

103.—DELGADO RAFAEL. op. cit. Tomo I. p. 283.

Bajo los sauces.

Que es fragmento de un diario que el propio autor anota, *Crepúsculo (Recuerdos de un viaje a la costa de Sotavento)* y *Mi semana santa* sitúa estas narraciones en un ambiente puramente geográfico perfectamente definido.

En *Bajo los sauces*, hay además evocaciones de la infancia, con gran sentido romántico que emplea en varios de sus relatos.

En los tres puede admirarse al paisajista, con sus cuadros reales de la naturaleza, su alma parece estar henchida por el paisaje que le circunda, el panorama le embriaga y hace partícipe al lector de ese ambiente que le rodea.

En *Bajo los sauces* recorre los márgenes del Albano (Río Blanco), las faldas boscosas de San Cristóbal.

En *Crepúsculo* irá por Medellín, con su río del Jamapa, las lagunas de Mandinga.

Hace gala de sus conocimientos botánicos, empleando términos cultos para la denominación de la flora, así dice de las gramíneas, coralíneas; pero también les da nombres que el vulgo emplea como huele de noche, violetas, jacintos, rosas, palmas, laureles y ramajes aromáticos.

Rafael Delgado es un apasionado por las flores quizá porque su región es pródiga para ellas.

En *Mi semana santa* irá por la Cuesta de Tuxpango. "Atrás quedaba Pluviosilla con sus campanarios y sus fábricas, desperezándose a la falda de sus cerros, corriendo a misa a Santa Marta y aprestándose a celebrar devota y recogidamente las fiestas de Pascua". (104)

Las cumbres de Tlazololapan, "el hermoso puente de los Micos a la vista de un magnífico panorama, ensordecidos por el estruendo de las aguas de Río Blanco, que espumantes y arrebatadas se precipitan por allí para juntarse con las del Metlac". "Pocos lugares conozco más bellos que ese del Fresnal situado en una vertiente que-

104.—Ibidem., p. 313.

brada en plano y en medio de las más ricas galas de la vegetación tropical". (105)

El Cerro de Chicahuaxtla, Barrientos y Cuapichapa con sus cafetales y platanares, las florestas de Zapoapan, la región de Tlanepaquila; la hacienda de Zapaopita, los plantíos de Fortín, los puentes del Ferrocarril Mexicano, los pastos de Monte Blanco, las cordilleras de Huatusco, el Cofre de Perote, hermosa región montañosa para quien la contemple "cimas y cerros en caprichosa perspectiva, cimas redondas, picachos agudos, desfiladeros rojizos y por todas partes una vegetación estupenda, en que se confunden las plantas tropicales, los abetos junto a los bananeros, el mamey no lejos del ocote". (106).

También nos habla de la hospitalidad de sus habitantes, y la compara con la castellana y la árabe.

Otro ambiente es el profundamente religioso que pone de manifiesto al describir las solemnidades de los días santos, con sus ritos, oraciones, procesiones de la gente sencilla del campo, la alegría del sábado de gloria en que hay repique de campanas, truenos de cohetes. El regreso de los rancheros a sus pueblos en los días de Pascua después de "semanasantear".

Mi vecina.

La acción transcurre en un barrio, en un ambiente de fiesta de boda, con la alegría consiguiente de sus moradores, "desde la especiería de don Venancio hasta la casa de Chucho Carrasco, el sastre de la gente obrera, y desde la carbonería de tía Chepa, hasta la escuela de don Cleto de la Pauta, una escuela municipal en la cual se ha desarrollado el gusto por el canto, de modo tan activo, que me tiene destrozados los tímpanos". (107)

El ambiente social de este relato destaca escenas comunes y corrientes de la vida de la clase trabajadora, en donde el padre lleva a la ruina a la familia, cuando el vicio del alcohol le vence, el hogar queda en manos de la madre quien tiene que enfrentarse al problema económico y a la educación de los hijos como lo hizo Marcelina,

105.—Ibidem., p. 314.

106.—Ibidem., p. 319.

107.—Ibidem., p. 200.

con Clarita, principal personaje, y Antoñito, desgraciado niño, corcobado.

Afortunadamente Clarita se casa con Miguel, el talabartero del barrio. "La novia fué a la iglesia vestida de blanco, con largo velo y corona de azahares, vaya guapa y re guapa. ¡Pobre chica! muy digna de todo esto, por lo hacendosa y trabajadora". (108)

Amparo.

Ambiente de tragedia y tristeza, con gran sentido humano, describiendo sufrimientos de la pobre mujer viuda que tiene que trabajar para el sustento de ella y su hija, Amparo. Muestra el problema social que aún en nuestros días todavía las mujeres trabajadoras tienen, dejando a sus hijos bajo el cuidado de una vecina mientras ella asiste a la fábrica.

En este caso, la fatalidad del personaje la persigue, al ser atacada por la tuberculosis y sabe que su pequeña quedará completamente desamparada.

Al sobrevenir la muerte, Amparo es adoptada por una vecina pero la chiquilla huye de esa cruel tutela y muere abandonada en la calle. "En el delirio de la fiebre, la infortunada criatura hablaba de un clarín que se había escapado; de angelitos de alas blancas que traían en ricas jaulas de oro pajarillos de mil colores;...

—¡Delirio de chiquillos! —murmuraba el médico.

—¡Cosas de enfermos! —repetía la enfermera". (109)

El caballerango y La gata.

Estas notas son "siluetas de tipos locales, que podrían figurar en cualquier galería de costumbristas..." (110)

El ambiente se da en descripciones interesantes que en ocasiones llegan al detalle nimio.

Es la fotografía real de los personajes, que nacen del pueblo pero que van a constituir después una clase muy especial.

108.—Ibidem., p. 201.

109.—Ibidem., p. 211.

110.—MONTERDE FRANCISCO. op. cit. p. IX.

Sus vidas se van forjando en diversos ambientes según donde se desarrollan sus acciones.

Tanto el caballerango como la gata, van ascendiendo en importancia según los menesteres a que están dedicados, llegando a adquirir verdaderos atributos.

El caballerango inicia su carrera sin ninguna importancia, su vida transcurre en un ambiente de regaños del maestro que le enseña a herrar caballos, después irá a servir a una casa aristocrática, a donde es acusado de haragán. "Pero; ¡ah! de aquella larva despreciable e incolora, como una mariposilla de su capullo, ha de salir, el mejor día el bello y flamante ejemplar..., es ya el caballerango". (111)

Su posición le permite situarse en diversos ambientes asumiendo un papel de gran importancia. La gente menuda le contempla, el sexo femenino le mira con interés y sus amigos exclaman:

"—¡ Ahí va ése! ¡ Deveras que es bueno el «Tordo»!

—¡ Y qué buen jinete lleva!" (112)

La gata, como ya se dijo es la doméstica, no la de nuestros días; porque la gata es fiel y abnegada servidora.

El ambiente en que se va a mover es diverso, ya que es la trayectoria de su vida.

Ella siempre está dispuesta a todo.

Se le ve en la calle tratando con toda la gente, así con mercaderes, en la casa de empeño dejando alguna prenda valiosa si sus amos están en apuros, en el jardín con los niños a quienes sabe amar tiernamente, tiene tratos con los enamorados de la señorita, en el hogar cocina y barre; en fin siempre tiene ambiente para actuar.

Asiste a fiestas populares, dándose tonos de gran señora; pero en ocasiones sus virtudes desaparecen y se convierte en el pregonero de la familia revelando algunos secretos de la casa, como pueden ser las miserias u opulencias en que viven sus amos; pero en general

111.—DELGADO RAFAEL. op. cit. I, p. 220.
112.—Ibidem., p. 273.

“cuida eficazmente de los intereses de sus amos, envejece y muere siendo depositaria de todas sus confianzas”. (113)

!!!To... rooo!!!

Es una escena del pueblo, después de una corrida formal, en donde no existe ya el toreo clásico, es la descripción regocijada, en un ambiente de música, de estrépito, de ansiedad, de agitación.

“El vasto redondel ha quedado escueto; pero no bien sale la cuadrilla y se cierra la pesada puerta, cuando saltando la barrera o deslizándose por los burladeros, como invasión de hormigas, desciende a las arenas una multitud de mozos y de chicos, en su mayor parte obreros, que de pronto se esparcen en todas direcciones, disponiéndose para la lid”. (114)

Toda esta multitud va en busca del peligro y alardea de sus conocimientos taurófilos, esperando a que salga el toro de la lidia, “el toro del pueblo”, cuando de pronto se oye el clarín que anuncia ya la salida del toro.

Todos están atentos a la puerta de los chiqueros. El bicho sale, arremte contra aquellos retadores, pero la bestia pugna por escapar. Le persiguen, le insultan, le citan con resueltos modales carentes de arte, hay un excesivo arrebato de valor y entusiasmo en aquel combate.

“Un gran acopio de fuerza y virilidad que aquí tiene desahogo y empleo; un alarde inconsciente de valor temerario que fortalece el alma y vigoriza el cuerpo, un pueblo altivo y bien templado, haciendo patente los rasgos más interesantes de carácter; el denuedo y el arrojo”. (115)

El toro desesperado embiste, los lidiadores caen, los espectadores desde el tendido gozan del espectáculo.

Hace una maravillosa descripción de las actitudes de cada uno de los lidiadores que resultan maltrechos.

113.—Ibidem., p. 228.

114.—Idem.

115.—Ibidem., p. 231.

Destaca la figura de dos héroes de la fiesta, el "Diablo" y el "Chango" a quienes el público aclama para jinetear.

La opinión pública está dividida, pero al fin el "Diablo" obtiene la licencia del juez de plaza a quien el público aplaude y aclama. "El Diablo parece clavado en los lomos de la fiera, que pronto inútil y agotada, pasa de la carrera al trote y de éste al paso, hasta que por fin, mustia y abatida, se detiene como queriendo vencer con la pereza lo que no pudo conseguir cno su perdida bravura". (116)

Así termina la diversión, este ambiente se va esparciendo, cuando los concurrentes se retiran del coso y poco a poco aquella multitud se dispersa por las calles, en donde se recogen diálogos de diversos temas.

Justicia popular.

Es un relato costumbrista, en un ambiente rústico, de un rancho veracruzano. El autor muestra el paisaje de un cafetal:

"El bosque de «huarumbos», de higueras bravías, de sonantes bananeros y de floridos «jonotes», convida al reposo, y las orquídeas de aroma matinal embalsaman el ambiente. Límite del cafetal es un riachuelo de pocas y límpidas aguas, protegido por un toldo de pasionarias silvestres que de un lado a otro extienden sus guías y forman tupidísima red florida, entre la cual cuelgan sus maduros globos las nectáreas granadinas campesinas". (117)

La vida cotidiana de los moradores de este rancho, sólo es interrumpida por terror que causa la presencia de un gavilán, que poco después es capturado.

Ahora todo es ambiente de alegría, los niños celebran la captura del chitero.

Epílogo.

El escenario del relato es Pluviosilla en donde se van a desarrollar los amores de un estudiante y la modesta Elena que ama apasionadamente a su novio. Las citas eran a media noche en una casa de

116.—Ibidem., p. 234.
117.—Ibidem., p. 267.

sierta. La joven cada día amaba más pero el seductor movido por sentimientos nobles y de gran respeto hacia aquella doncella termina el idilio.

Así.

Transcurre en un ambiente de tragedia en medio de un grupo de gente del barrio, que es llevada por la curiosidad a la casa del protagonista que es Pedro. Los allí presentes reflejaban en sus rostros el espanto, el terror, la sorpresa.

En el interior del cuarto, “en un lecho revuelto había un cadáver, caliente aún, con la palidez agónica en el rostro, sudorosos la frente y el cabello, las manos crispadas, contraída la boca con cierta expresión de sorpresa y rabia y al mismo tiempo, como si de aquellos labios carnosos y sensuales se hubieran escapado a la par una blasfemia procaz, un grito de horrorosa desesperación. En el pecho, sobre la nivea blancura de la camisa, tenía una mancha de sangre...” (118)

En un rincón la mujer que lloraba, era Antonia, la madre de Pedro: “...se cubría tenazmente el rostro con un «rebozo», claro, también manchado de sangre”. (119)

El muchacho dió muerte al seductor de lo que más quería que lo era todo, su madre.

Cometido el crimen el joven huye.

El escritor hace sentir que la actuación del joven es justa, haciendo resaltar el sentido del honor.

El cuento está escrito en el año de 1900, y es el único, en que Rafael Delgado externa su sentir en materia política: “Nada para estos tiempos en que las naciones fuertes se complacen en hacer pedazos a los débiles y por ello merecen vítores y aplausos de las naciones cultas, —esto es armi-potentes—; en que las repúblicas humanitarias y los imperios altruístas se tornan en un santiamén, en conquistadores de las naciones que tienen pocos barcos; y que en

118 Ibidem., p. 326.
119.—Idem.

un pueblo, con aprobación franca de su Purpurado, sabe mover a guerra a otro pueblo pequeño, próspero, pacífico y virtuoso". (120)

Margarita.

La infeliz Margarita al saber por labios de doña Carlota que tiene que abandonar el hogar, donde todo era alegría y ella había puesto toda su ternura en aquellos niños a quienes cuidaba. Ahora es llevada a la casa del licenciado Aguayo. Se advierte un ambiente de desolación, de amargura, de tristeza; pero a la vez una gran decisión de la huérfana para ir a enfrentarse con su desgracia, con su repugnante seductor. Hace notar cómo hay individuos en la sociedad que gozan de buena fama, pero carecen de la más elemental ética.

¿A dónde vas?

El ambiente va a desarrollarse en una de esas tardes calurosas de mayo, en alguna de esas llanuras cercanas a Pluviosilla, en Tierra Caliente, en las llanuras del Santuario, por donde Andrés el personaje del cuento, montado en su yegua, medita en "las lluvias que aún no vienen; en el cafetal agostado y marchito por los calores de mayo; en la nivea floración, que, a las primeras aguas, será como niveo plumaje entre las frondas de los cafetos... Piensa en el fruto pingüe, en la venta oportuna y al contado, en los días alegres de diciembre y enero, en la fiesta nupcial, en la boda ruidosa, y en su amada, soberbia campesina..." (121)

El relato se desarrolla dentro de un ambiente campesino con cierto romanticismo, cuando el personaje nos muestra sus aspiraciones cumplidas, ya que el éxito ha llegado después de penosas jornadas de trabajo, ahora podrá casarse con Carmen y goza con estos pensamientos.

Pronto llega el desengaño, cuando descubre que Pablo, su rival está con su amada y el ambiente toma aspectos trágicos que no llegan a realizarse.

120.—Idem.

121.—Ibidem., p. 323.

Andrés, poseído por la ira de los celos, da al relato un ambiente de dramatismo; pero que va a desviarse al final del cuento cuando surge el control moral que ejerce el recuerdo de su madre.

El desertor.

La historia se desarrolla en una hacienda cafetera, donde el autor describe la topografía del lugar.

La vegetación es exuberante, allí están las casas, donde transcurre la sencilla y tranquila vida de una familia trabajadora y honrada, la de tío Juan, y señora Luisa con sus hijos.

El ambiente transcurre a través de diversas escenas en que la familia protege y cuida al "desertor" hasta llegar al descubrimiento, de que ese personaje ha sido el asesino trayendo como consecuencia una lucha de sentimientos, de venganza de parte de los hijos y la madre. Pero ella con piedad cristiana le perdona e impide al hijo que dispare contra el "desertor" diciéndole: "—No tires hijo mío —gritaba la anciana con sublime energía— ¡Dios te está mirando!" (122)

El "desertor" se aleja sin saber que ha sido descubierto por sus protectores. La familia atónita queda con doña Luisa.

En legítima defensa.

Se desarrolla en la casa de un viejo labriego, situada al pie de un cerro y describe la transformación que el hogar ha tenido. "La casa no era como ahora. Era una galera con techo de zacate. Aquí de este lado, estaba la tiendecita. ¡Cuatro botellas, unas cuantas velas y un tercio de ocote...! ¡Ya usted sabe!. Más acá la sala; detrás el cuarto de los santos, el santocali, como dicen los rancheros; la iglesia, como yo le decía; luego el cuarto para dormir, y allá, al pie del jobo, el jacal para el tlecuile. Sería como la oración". (123)

Sitúa los acontecimientos en un ambiente en que el país, sufría crisis política.

Epoca en que gente armada cometía arbitrariedades.

122.—Ibidem., p. 276.

123.—Ibidem., p. 215.

El ambiente en que se desarrolla la acción es de lucha entre el campesino y el desalmado de la guerrilla que le ha ultrajado.

Es la defensa de intereses y del honor del labriego, haciendo que la narración presente la escena trágica en que el buen hombre se ve obligado a matar.

El asesinato de Palma-Sola.

(Histórico).

Aquí el autor en tono adecuado va preparando el ambiente en que se producirá la tragedia describiendo el paisaje con tonalidades lúgubres. “De un lado el llano. Del otro el bosque sombrío, negro, pavoroso, lleno de espantables rumores: silbidos de serpientes, estruendo de árboles viejos que se caían, roncar de sapos en zanjas y lagunetas en los pochates más altos ulular de buhos, y allá, al fin de la selva, el estrépito del torrente y el ruido creciente del aguacero que venía, que volaba con un tropel de cien escuadrones a galope”. (124)

En medio de una fuerte tormenta Casimiro avanzaba sobre su mula la Diabla, que rebelde al freno se encabritaba, levantaba las orejas y no quería proseguir el camino: “Y ¡zaz! un par de latigazos, un par por cada lado, la mula arrancó al trote.

Entre la milpa quedaba un hombre escondido, envuelto en negra manga, apoyadas las manos en el cañón de una escopeta”. (125)

Estos tres cuentos pueden considerarse como los mejores.

Con ambiente campesino, tema dramático, como puede advertirse, y con problemas de conciencia.

Puede advertirse la intranquilidad de Margarita, la esposa de Casimiro, cuando éste narraba la rebeldía de la bestia, ella sentía inquietud.

Se destaca perfectamente el terror de Margarita cuando el amante asesina al desdichado Casimiro. El crimen estaba fraguado por ella. El ambiente es funesto cuando: “De entre la espesura del

124.—Ibidem., p. 264.

125.—Ibidem., p. 265.

cafetal se destacó un bulto. Un hombre que con el arma en la mano llegó hasta el portalón, y que en voz muy baja, como si tuviera miedo de sí mismo, como si temiera escuchar sus propias palabras, dijo: —¡Ya!...” (126)

Por último el autor concreta un tiempo y un escenario, que es el juzgado a donde la protagonista, movida por su sentimiento de culpa, revela al juez el crimen cometido en Palma-Sola.

Presa de congoja, explica su complicidad con el que ahora es su marido.

En esta narración, alterna admirablemente, lo descriptivo con las circunstancias.

Voto infantil.

La acción del cuento está enmarcada en el ambiente de la “Escuela particular para niños”. En la calle lodosa de un barrio está la humilde vivienda del protagonista, el maestro don Antonio.

Describe la casa con pormenores, así la recámara de él y la de su nieta, una jorobadita; la cocina mexicana con su brasero y sus trastes de barro, colocadas simétricamente en la pared.

En la pieza mayor, “está la escuela, una escuelita de barrio, acreditada y concurrida, donde jueves y sábados se estudia el Ripalda, se reza el rosario, y... se canta el Himno Nacional, la hermosa canción de la patria mexicana que hace latir los corazones...” (127)

“Arriba del asiento del señor don Antonio, una Guadalupana con su lamparilla delante; a la derecha contra la pared; el pizarrón, y al otro lado un mapa de México.

Algunas veces preguntaban los niños:

—Señor maestro: ¿por qué ha pintado usted de negro esa parte de los Estados Unidos que linda con nuestra República?... (más adelante dice) —¡Ah! porque esas tierras están siempre de duelo;

126.—Ibidem., p. 266.

127.—Ibidem., p. 237.

fueron inicuaamente arrancadas a la patria; están bajo extranjero dominio..." (128)

Este ambiente exterior y sus personajes hace advertir el sentir patriótico del autor, se observa el resentimiento que hasta hoy día el pueblo de México siente al recordar esa etapa histórica.

También hay una nota de melancolía cuando el maestro manifiesta que a pesar de su vejez y estar lisiado iría a pelear como lo hizo en otras épocas si hubiera otra guerra como aquélla.

La noche triste.

Relato tradicionalista, hace reminiscencia de un episodio legendario que sitúa en un ambiente concreto, con geografía local, en la "Plaza del Cura, hoy parque Castillo", (129) en Orizaba. Determina el tiempo de la ocupación española, habla de la sociedad de la época cuando describe a los personajes, así a don Francisco de Hevia.

La acción narrativa da a conocer el ambiente que sufrían sus afligidos y piadosos habitantes de aquella villa, dando lugar a que el escritor muestre un cuadro de costumbres, describiendo como: "Llenábase de gente, mañana y tarde, la vetusta y humilde capilla del venerado Crucifijo, a las horas del devoto ejercicio, en el cual concurrían los fieles con sendas candelas de cera y sendas limosnas; se rezaba el «rosario», la «via-sacra», se cantaba la «letanía de los santos», el «alabado» o el «Jesús amoroso», y «remataba todo» —como dicen los apuntes de un curioso— «con una fuerte disciplina o azotina»". (130)

Parte de este ambiente es la gran piedad de los misioneros franciscanos que allí intervienen.

No olvida el escritor el tono irónico, y con cierta gracia describe la intervención de las mujeres, contra el coronel de Hevia.

Para toros del Jaral.

Ambiente localista, regional, es el de Villapaz, su suelo fértil productor de piñas y de mangos daba una economía crecida a sus

128.—Ibidem., p. 239.

129.—Ibidem., p. 281.

130.—Ibidem., p. 278.

habitantes, tan era así que la parroquia del lugar producía algunos miles de pesos.

El ambiente social, es sencillo, gira alrededor de la vida tranquila de sus personajes creyentes y piadosos.

El barbero don Malaquías López, personaje principal, goza de gran popularidad, hace variar el ambiente, pues influye en la manera de actuar y pensar en las familias de aquella villa. "Como la fronda no se mueve sin la voluntad de Dios, así nada era posible en aquel pueblo sin la opinión y el voto de la conspicua personalidad barberil". (131)

El humor está presente en este relato, cuando el cura Domínguez, quien teniendo antecedentes de que Malaquías se las daba de demasiado listo, busca la forma de provocarle desconcierto, y es así como las prácticas religiosas del pueblo vuelven a efectuarse, porque don Malaquías ahora admira a su párroco.

Genesiaca.

Este relato es de tono ocurrente, entretenido. Sitúa a sus personajes en un pequeño poblado veracruzano, Torre Blanca, donde la vida es apacible. La escena se desarrolla en la botica del lugar donde sus pobladores realizan corrillos, y la murmuración impera.

En este ambiente va a actuar don Aristeo, personaje sobresaliente quien expone a sus coterráneos en forma sencilla y graciosa la teoría del Génesis.

Presenta ante los ojos del lector, un ambiente un tanto irreal con la intervención de ángeles.

Pancho el tuerto.

Parece ser una anécdota quizá recogida por tradición oral, a la que el autor le da viveza, situándola en un ambiente real, en época de lucha de conservadores y liberales en esta ciudad de México. Esto se deduce por los personajes que hace desfilar el autor, así a don Lucas Alamán, Marcos Arroniz, al Conde de la Cortina, a don Guillermo Prieto saliendo del Siglo XIX, a Francisco Zarco, llegando a

la "Gran Sociedad" y a otros muchos personajes, a quienes conocía y trataba el protagonista del relato, que es Pancho "el tuerto". Los lugares donde actúa y transita éste, son la calle de Plateros, la Alameda, la Viga, Santo Domingo, los portales, de nuestro actual Zócalo, a donde se veía pasear al poeta romántico Rodríguez Galván, las calles de Regina y el Carmen, en fin por todas partes era conocido.

En esta ocasión, la embriaguez de Pancho le había hecho perder la conciencia y ya rumbo a su casa, el escenario es en una peluquería de "¡Malísimo ambiente el de la frecuentada barbería! ¡Qué de fetideces de pomada de rosa, de canela y de contrahecho macasar!". "La tienda caldeada por el sol vespertino, ardía como un horno, y en ella zumbaba un enjambre de moscas prófugas de la carnicería frontera.

Pancho cayó en el petate como piedra en barranca, despatarrado y hecho una Y griega. ¡Cataplum! ¡Y a dormir la turca!" (132)

Allí en ese ambiente es donde el malvado barbero, tiene la ocurrencia, en compañía de sus aprendices, de transformarlo en un fraile.

Otro ambiente del relato tiene lugar cuando, "el tuerto", recogido en la calle por la ronda es llevado al Colegio Apostólico, en San Fernando y se le aloja en una celda de la institución religiosa.

Pasados los humos alcohólicos, y sentado en el camastro, contempla el mobiliario de la celda, un crucifijo en la pared y las disciplinas crueles, colgadas; este ambiente le causa asombro, confusión y hasta entonces, se da cuenta de su indumentaria y explica cual fué el origen de su llegada a ese lugar.

Rigel.

El relato sucede en un pueblo cercano a una playa veraniega de España; sitio predilecto por burgueses, comerciantes, y empleados, deseosos de buscar descanso, huyendo del ambiente ruidoso, exigente y complicado de la ciudad, en este caso de Madrid.

132.—Ibidem., p. 360.

Aquel lugar sosegado, de poca población, pintoresco y de magnífico clima, sólo rompía su monotonía en cierta época del año, cuando los vacacionistas iban en pos de cambiar aire.

Es aquí el lugar elegido por don Cándido para instalarse cómoda y elegantemente en un "chalet", en compañía de tres criados, su ama de llaves y un perrito.

La vida de este hombre transcurre en un ambiente de tranquilidad, sólo alterada por la pena que le causa la muerte de su perro.

El autor describe escenas del ambiente aristocrático en que sucede la actuación del personaje en relación con el animalito.

Así el ambiente de duelo por la muerte de Rigel es descrito con sinnúmero de detalles es un saloncito "convertido en capilla ardiente, había suntuoso túmulo; sobre el cual, en riquísimo ataúd, forrado de níveo raso yacía Rigel". (133)

A pesar de esta escena y otras en demasía exageradas, no se pierde el ambiente de realidad y sobre todo su sentido humorístico.

Adolfo.

Se inicia en un ambiente de fiesta magnífica y aristocrática.

A media noche, cuando todo es alegría, el padre de la hermosa novia de Adolfo, anuncia la boda de su hija con un millonario, y en medio de burlas, risas y asombro de la concurrencia Adolfo abandona colérico, angustiado, aquél salón por tener que renunciar a un amor soñado. Después se le ve arruinado, y el ambiente en donde actúa es en las peores cantinas de barrios bajos.

Amistad.

En este relato el escenario es la ciudad de México.

Sitúa a los personajes en una cantina, dando una descripción animada. Llena de detalles del ambiente del lugar.

La penumbra del salón donde el aire estaba enrarecido por la mezcla de diversos olores, así de tabaco, de bebidas, de carnes saladas y perfume de frutas.

133.—Ibidem., pp. 333-334.

Movimiento de parroquianos que entran y salen, actividad de los cantineros sirviendo a los “marchantes” que en grupos o en parejas se instalan alrededor de las mesas y conversan sobre diversos temas, algunos como cosa rara hablan de arte, otros como “los coyotes” de asuntos mercantiles.

En estas circunstancias el escritor va a destacar, la actuación de dos personajes, en aquel ambiente, uno que es preso de fatal desgracia y el otro sereno, éste último tratando de ayudar y combatir la pena que aqueja al amigo.

El retrato del nene.

(Historia amorosa.)

En este relato, también abandona el medio veracruzano y sus personajes actúan en este ambiente capitalino. Toma como escenarios sitios de esta ciudad, así la colonia Guerrero, las calles de San Francisco y Plateros, Indianilla, el hipódromo y un cementerio; éstos últimos situados sin precisión.

El relato sólo al principio queda dentro de un ambiente romántico. El idilio se inicia con cartitas llenas de frases apasionadas, entrevistas breves, poco antes de anoecer en la escalera de la vecindad. Aquí el amor resulta una poesía siendo el protagonista un soñador, un hombre de buena fé.

Tiempo después el escenario de los amantes será el cuarto humilde y feo del estudiante, a donde Inés acude a media noche, no sin el temor de ser descubierta.

El cambio de domicilio, la muerte del padre de Inesilla, y la salida de vacaciones de Julio, hacia la tierra natal, son circunstancias que unidas al cambio de conducta del joven estudiante, varían el ambiente. Estos hechos contribuyen a la fatalidad.

En el anfiteatro.

Relato hecho en forma de evocación, transcurre en una tarde de agosto, en una llanura veracruzana, cerca del Citlaltépetl, en Villaverde, a donde el autor describe un paisaje lleno de tonalidades motivadas por la luz crepuscular.

La narración está hecha a un amigo, a quien refiere como su niñez y adolescencia transcurrió en un ambiente de gran ternura maternal.

Otro ambiente será, desde el momento en que llegó a la botica de don Procopio Necomio, . . . “único farmacéutice de Villaverde, y su botica la sola que sacaba los cuartos a los vecinos a cambio de agua de azúcar, manteca teñida con grasa y con hojas de floripondio, y de linaza en polvo”.

[Allí durante dos años pasó su vida] “haciendo , cucuruchos de harina de linaza, batiendo unguento del soldado, y vendiendo a los míseros descendientes del heroico Moctecuhuma, los más absurdos específicos, toda la farmacopea mística y prodigiosa: agua de los siete evangelios, sudor del Señor San Pedro, limaduras de marfil, bautizadas con el pomposo nombre de unicornio, y . . . polvos para enamorar, que no eran más que purita magnesia. Todo lo vendía caro mi maestro; pero los polvos susodichos se vendían a veinticinco pesos la onza!!! . . . a . . .” (134)

Más adelante describe como la botica era un “mentidero”, centro de murmuración de los viejos ociosos de Villaverde, allí se leían y comentaban las noticias de los periódicos, así como de “El Monitor Republicano”, se dilucidaba acerca de política y administración del gobierno actual y de los pasados, que eran cambiados frecuentemente; pero además se practicaba el juego de naipes. Este centro de intrigas y chismes desapareció por orden de un prefecto enemigo de este tipo de reuniones.

Al desaparecer la botica, él vivió en un ambiente de libertad, dedicándose a ir y venir por todas las calles del lugar, fumando cigarrillos; pero su padre, hombre de energía, lo envió a la botica del hospital.

El ambiente que allí reinaba era lóbrego, en un tiempo había sido un convento, luego un cuartel. Los practicantes y algunos empleados vivían en aquella institución.

Sólo el trabajo constante le hacía olvidar aquel lugar lleno de miserias y dolores humanos.

134.—Ibidem., p. 243.

Como se dijo, el protagonista es víctima de una broma demasiado exagerada, en la que el ambiente es lúgubre, horrible, lleno de terror, pleno de sobresaltos que a cualquiera le hacen brincar el corazón y destrozar la mente.

Para testar.

La narración tiene una serie de escenas en las cuales el ambiente sufre modificaciones por las circunstancias en que sus personajes van reaccionando.

Así al iniciar el relato, el ambiente es de dolor, cuando los cuatro hijos apesadumbrados conocen por labios del médico que no deben abrigar ninguna esperanza de que su padre sobreviva.

Ambiente de inquietud y de nerviosidad es la espera de los hijos, en compañía del notario, mientras el P. López está con el enfermo; pero de pronto éste hace su aparición, llamando a los jóvenes a que entren a la alcoba y escuchen a su padre; ahora el ambiente es de asombro y de duda.

IV

RETRATOS DE PERSONAJES

Los personajes de sus narraciones se mueven con soltura y naturalidad, no presentan una situación forzada que requiera de fantasmagorías para salir de ella; siempre la realidad, la vida misma palpitando en cada personaje por insignificante o incidental que sea su papel.

Los tipos son una pintura fiel de la realidad con que los veía. Así refiriéndose a sus personajes habría que recordar aquellas expresiones que aparecen en su novela *Angelina*, cuando menciona a Fernán Caballero (Cecilia Böhl de Faber) y expresa en labios de la protagonista: "Sus personajes me parecen vivitos de carne y hueso. ¡Aquello sí que es verdad! Comen, duermen... ¡Sí me parecen gentes a quienes trato todos los días!". (135)

Si los personajes de otros autores le parecen "gentes a quienes trataba todos los días", se puede inferir que los que él mismo crea en sus naraciones quizá lleguen a ser proyecciones de su propia vida.

El autor aspira a narrar las vidas sencillas de la gente de provincia, no profundiza, ni intenta analizar el alma humana.

Cuando habla del estado de ánimo de sus personajes nos dice de su tristeza, de su enojo o su alegría, lo hace en función de la causa externa que produce tal estado, en relación con el sentir presente del individuo, sin hurgar, en las causas escondidas, en lo profundo de su ser, se olvida de su proceso interno, que es muy importante.

135.—DELGADO RAFAEL. op. cit. Tomo I. *Angelina*. p. 625.

Don Mariano Azuela considera que sus personajes son “definidos, trazados con sobriedad y firmeza. El autor los para, los empuja y los hace caminar. Vestidos con decencia, se mueven y viven en el sosegado ambiente de la provincia, que nadie como él ha descrito con tanta propiedad y donaire. (Más adelante dice): Las almas de sus personajes son como él las concibe; sencillas y diáfanas como una gota de agua”. (136) Carecen de complicaciones.

Efectivamente los protagonistas de Delgado, no parecen vivir agobiados de complejos, ellos se presentan de cuerpo entero sin velos misteriosos, su dolor es, por así decirlo un dolor de todos los días, no una angustia imanente que se agazapa en lo recóndito de su ser para nutrirse del alma herida y formar a la vez parte de ella misma.

Su alegría está formada de pequeñas cosas alcanzadas que se realizan en el ambiente en que transcurre su vida.

La complejidad de sus sentimientos no es la tónica de los personajes, si llega a existir en un momento dado, su existencia es efímera, una decisión rápida resuelve el conflicto espiritual.

Las costumbres de hoy, los modos de pensar, no son los de ayer, de ahí que los tipos de las narraciones de Delgado se nos presenten sólo como un retrato de las gentes de esa época en sus costumbres, dentro de sus casas, en las calles de Pluviosilla, Villaverde, con sus parlamentos, sus amores, se pasean, trabajan, murmuran mal del prójimo, sufren, ríen y la faz de su mundo no cambia todo esto; trazados claramente con la pluma ágil y galana del autor como un retratista conocedor de su arte.

Nos da a conocer sus personajes a través de la acción del relato, por una frase, una actitud, una consideración o pinta sus exterioridades para sugerir lo demás.

La chachalaca.

Muestra rasgos físicos del padre. “Sonrió mi padre con aquella apacible sonrisa de sus delgados labios; brilló en sus ojos claros y siempre benévolo un relámpago de alegría...” (137)

136.—AZUELA MARIANO, op. cit. pp. 135-138.

137.—DELGADO RAFAEL. op. cit. Tomo I. p. 251.

El carácter severo y enérgico del padre se revela a través del castigo que impone al niño que ha desobedecido sus órdenes, mostrándole a la hora de comer, el cadáver de la chachalaca que ha sido colocada sobre un platón.

El niño reacciona con actitud de pena que le hace llorar quizá por un sentimiento de culpabilidad.

La misa de madrugada.

Da un esbozo de los emperadores Maximiliano y Carlota. Hace un contraste revelando como en otros días, todo en ellos era majestuosidad y júbilo. En cambio ahora sus actitudes revelaban tristeza. El emperador rezaba en silencio y las oraciones de la emperatriz eran interrumpidas por el llanto.

Mi semana santa.

Aparecen dos personajes secundarios, ambos entusiastas para excursionar. "El uno, mancebo, de veintitrés años, alto, descuajaringado, ayer un niño bullicioso salador, como cierto monaguillo malicioso y charlatán que alegra con sus diabluras las páginas de la «*Calandria*», y ahora más afecto a la liturgia católica que a las labores del comerciante, más dado al misal y al breviario que al libro de caja y con incipiente vocación al sacerdocio. El otro, de exigua estatura, de madrileña barba, de ojillos entreadormidos y parlero de frase chispeante e incisiva, en él delatora de andaluza sangre..." (138)

El primero nos hace recordar a Angelillo, el muchacho travieso de la novela que ya el autor señala y que quizá sea el mismo, nada más que ahora en pleno desarrollo.

De ambos da una breve información, el uno pensando que podrá servir de acólito en las solemnes ceremonias de la Semana Santa, en tanto que el otro canta y declama.

Mi vecina.

La protagonista es "Clarita la perla del barrio, la guapa morena de ojos negros y talle cimbrador. ¡Quince años!... La que hace

138.—*Ibidem.*, p. 313.

poco tiempo parecía delicada y débil, es hoy una real moza, una muchacha encantadora en todo el esplendor de la belleza primaveral". (139)

El novio de Clara el talabartero del barrio, Miguel "de rostro franco, mirada sincera y regular estatura. Viste por lo común de charro: pantalón ceñido y chaquetilla galana, y gasta un sombrero de felpa negra, «a lo Ponciano», muy bien revirado y calado con singular desgaire. Hoy anda de ataque: pantalón negro y ancho, corbata azul y saquito entallado".

Antoñito hermano de Clara un niño "corcovado y contrahecho, pícaro y malicioso como un diablo, con una geta sarcástica y burlesca que alejan de cuantos la miran todo sentimiento de compasión".

En párrafos subsecuentes, el autor le hace aparecer, como un muchacho que habiendo aprendido el oficio de encuadernación sabe hacerse simpático ante sus patrones.

Marcelina, la madre, "antes flaca y amojamada, dijo a echar carnes y se puso tamaña de gorda, parecía que nunca había tenido penas ni cuidados y que se la pasaba mano sobre mano". (140)

Del padre sólo hace un esbozo de cualidades, como artesano hábil en su oficio, después lo hace transitar en el ambiente de vicio, descrito anteriormente.

Como personajes secundarios nos presenta a los pretendientes de Clarita, así al estudiante, "relamido y elegantón, de ondas en la frente y de cuellos altísimos, un sietemesino callejero... De la mañana a la noche ahí estaba con el libro bajo el brazo y en la boca tremendo puro, acechando a la chica y requiebrando descaradamente a cuantas hembras pasaban junto a él.

El dependiente un «gachupín» adusto al parecer pero en realidad sobrado y alegre...

El empleadito de la Receptoría apacible, mátalas callando..." (141)

139.—Ibidem., p. 200.
140.—Ibidem., p. 201-202.
141.—Ibidem., p. 202.

Por último hace aparecer a los vecinos del barrio con sus murmuraciones acerca de la boda de Clara.

Amparo.

A la viuda se le conoce a través de sus acciones y sentimientos; cuando el autor pinta el dolor de aquella tuberculosa que ante los ojos de su pequeña hija se sentía sana y robusta “y hasta acariciaba la esperanza de recobrar la salud, de que vinieran mejores tiempos y de que Dios no le negaría una vida larga; muy larga, para ver a la chiquilla hecha una real moza, buena y linda como un plata...” (142)

Otras veces estaba abatida, sin tener armas para defenderse de la situación en que vivía, siendo vencida por el dolor que la aquejaba; y la tristeza de meditar en el futuro de su hija el día que llegara a faltarle.

Muestra el autor la fé, la religiosidad de la infeliz mujer cuando aconseja a su hija que rece para que la haga buena.

A la chiquitina Amparo se le observa cuando el infortunio llega a su vida. En la orfandad en que vive para ella todo es temor, por los castigos que recibe, a pesar de que es buena, trabajadora, ella no disfruta de juegos ni descanso y hasta desea ir a la escuela.

Como personaje secundario aparece la vecina que recoge a la huérfana quien es dura y severa, y el marido un ebrio.

El caballerango y La gata.

Retratados con gran fidelidad. En el primero hace notar el contraste de dos caballerangos tanto en la figura externa como de condición social. El autor hace gala de comentarios en lo que respecta a la indumentaria.

Uno “era gruesote de tez quemada, el bigote negro e hirsuto, ancho de espaldas muy estevado, vigoroso, atrevido y hasta insolente. Vestía de blanco: ceñida chaqueta, pantalón estrecho y rebelde chaleco... Llevaba al cuello chillona corbata, y con airecillo de bueno y rasgadote, tenía echado hacia atrás un sombrero

142.—Ibidem., p. 219.

gris,... El otro era gentil y apuesto. Perfectamente conformado de alta estatura y de cuerpo gallardo y escultural, lucía con donairoso naturalidad un traje que, dada su condición y clase, era como las señoras acostumbran a decir, irreprochable.

Elástico pastalón amarillo que ajustaba artísticamente las piernas aceradas y musculosas; chaleco blanco inmaculado;... chaqueta bien cortada con ribetes de seda; camisa de color con dibujos caprichosos; corbata de tonos aristocráticos,... zapatos vaquerizos de suelas gruesas, tacones bajos y prolongadas, agudas y encorvadas puntas; y un rico jarano de felpa leonada,...”.

Pero más adelante hace observar la “cara simpática de color trigueño, algo encendido; aquella nariz correcta, aquellos labios carnosos y sensuales, sombreados por un bozo picaresco, y sobre todo, aquellos ojos negros, rasgados, despabilados, y aquellas cejas espesas y arqueadas, que eran tentación de más de una gata resabiosa, y de más de un niñera dengosa y ladina...” (142)

Su vida, es ajetreada, alegre, llena de aventuras, mujeriego, es un charro valentón y que sabe colear.

Hay caballerangos que sirven a jóvenes ricos y solteros, convirtiéndose entonces en confidentes de su amo, conocen sus amoríos, y participan de todas sus penas y alegrías.

La gata, mujercita, coqueta, lista, que tiene grandes atributos. El autor da el retrato físico, de este tipo, es una joven esbelta, rostro moreno y fresco, ojos negros, boca graciosa, en fin rebosante de salud y llena de atributos exteriores de pies a cabeza.

Aprende de sus amas, sobre lo que dicta la moda en el vestido y en el peinado.

Los domingos luce un atuendo que da gusto ver. “Tan linda personita va envuelta en un rebozo que si no conserva el perfume del telar, tiene el aroma del cedro del baúl en que permanece guardado seis días a la semana,... sale muy orgullosa con sus respunteadas botitas, luciendo al saltar el arroyo, la blancura incomparable de sus enaguas tiesas y ruidosas,...”

142.—Ibidem., p. 219.

Sus aspiraciones la hacen ir saliendo de la clase popular de donde proviene.

Las inquietudes amorosas de este personaje los presenta el autor con delicadeza de afectos en sus comienzos y terminan generalmente en penas y tristezas.

“El primer amor de la «gata», tierno y lleno de abnegación, es breve como todo lo bello y muy raras veces hace de la inquieta servidora la dueña de un hogar que la pobreza honre y el trabajo embellezca; por lo común es desgraciado, porque un sinnúmero de peligros la arrastran y la desvían”. (143)

Como personaje secundario, aparece el talabartero, uno de los enamorados de la gata, de quien describe la indumentaria que usa, que es muy mexicana, así su pantalón ajustado, camisa y corbata de colores fuertes no sin faltarle el sombrero jarano galoneado de plata y su sarape al hombro.

Como contraste de este tipo aparece también el del escribiente de vida un tanto desordenada, vestido a la inglesa, con su saco corto.

!!!To... roo!!!

Hay un desfile de tipos populares de la clase trabajadora, dando breve semblanza de su aspecto físico e indumentaria.

El tejedor camorrista, el ebanista que gallardo y airoso es el don Juan del barrio, siendo allí el escenario de lances amorosos.

El dependiente de algún almacén aristócrata, el curtidor andrajoso, apacible de carácter, el remendón de mala traza, huraño y de groseros modales, el barrendero borrachín casi siempre alegre, aprendices de cerrajero, jovencitos listos en el oficio, sucios de la cara por el tizne de la fragua y otros sin oficio, que ambulan por las calles desarrapados.

Sobresalen de este conjunto el Diablo, . . . “un joven alto, pálido, enjuto, ojeroso hasta la demacración, que con simpático desgaire y militares bríos, dirige los movimientos de la incansable turba, ese

143.—Ibidem., p. 225.

de blusa azul, muy aseado, y ágil... aquel otro, ancho de espaldas, de tez cobriza, de cabellos hirsutos y que cuando ríe parece un mono—Ese es el Chango”. (144)

En este cuadro tan de nuestro pueblo no falta el tipo folklórico, el “charro” mexicano, que viste muy bien y que es atracción cuando maneja la reata. Este es el jinete mexicano que también en tardes de toros pasa lista de presente.

Justicia popular.

Los personajes son rancheros dedicados a faenas agrícolas.

Antonio el dueño del rancho muestra la satisfacción de ver el fruto de su trabajo.

Pancho el apuesto joven, narra acerca de sus hazañas valerosas en la cacería, aquí se destaca por ser quien da muerte al chitero. Se siente orgulloso de su proeza, y ante los ojos de los muchachos y la demás gente ahí reunida, que le aclama con gritos, casi resulta un héroe.

Epílogo.

Los personajes son Elena, la sencilla y tímida provinciana de diecisiete años y un estudiante.

El sentimiento amoroso de la joven llega a convertirse en pasión. No desea ser obstáculo en la vida de aquél a quien ha entregado su primer amor y resignadamente hace renunciación a ese cariño.

El joven estudiante aparece reflexivo, un tanto descontento de su actuación, y meditando en esos amores expresa que: “Un firme sentimiento de respeto; la voz maternal siempre resonante en mis oídos; los nobles ejemplos de mi padre —cuya sublime rectitud era a mi alma noble estímulo—, fueron para mí freno y escudo”. (145) Puede advertirse el gran sentido de rectitud moral que el autor tuvo en su vida, por el ejemplo que recibió en su hogar desde niño.

144.—Ibidem., p. 232.
145.—Ibidem., p. 296.

Así.

Pedro, el personaje principal es un muchacho honesto, alma noble, sin ningún vicio, trabajador de un taller, aficionado al teatro dramático, asistía de cuando en cuando a algún baile, vestía bien, con elegancia. Un excelente hijo. Estas cualidades dejan de existir repentinamente, cuando el dolor, la ira, y llevado por desenfrenado impulso da muerte al amante de su madre.

En Pedro se agitaba el sentimiento que había sido ultrajado, debía vengar el honor.

Margarita.

Cuento que lleva el mismo nombre del personaje principal. Es la joven que huérfana desde temprana edad, había recibido las crueldades que suele tener la vida para algunas criaturas.

El autor hace la descripción exterior así como también da algunos rasgos de su carácter. “Esbelta, donairoso, mórbida y siempre vibrante, con todos los fulgores del cielo en los ojos, todas las negruras de la noche en la crencha, en las mejillas rosas de abril, en los labios claveles granate y en la boca finísimas perlas; decidora y suelta de palabra, y graciosa y gentil, era Margarita una presea, un tesoro, diríamos, poniendo en cuenta lo hacendoso de la doncella, cualidad en que parecen ir sumadas casi todas las virtudes domésticas, en Margarita todas muy claras y resplandecientes, y sólo en ocasiones empañadas por cierta ligereza y cierto coquetismo incipientes, una vehemencia de pasiones afectivas...” (146)

Doña Carlota, protectora de Margarita, a quien se le conoce a través de los diálogos con el cura y la joven, así como también por su actuación, que es del todo equivocada y absurda siendo causante de la fatalidad de la doncella.

El seductor “el licenciado don Marcelino de Aguayo, persona cristianísima, de mediana edad, riquillo, muy acreditado en el foro, bien reputado en el pueblo, casado y... sin hijos”. (147)

146.—Ibidem., p. 341.
147.—Ibidem., p. 340.

El autor se sirve de este personaje para hacer notar que en la sociedad hay personas sólo de buena fama, pero sin embargo carentes de honestas costumbres y que actúan impulsadas por bajos instintos; como lo hizo Aguayo con Margarita.

¿A dónde vas?

Andrés, joven campesino, honrado y trabajador que ha logrado ser rico por su tenaz laboriosidad, monologa, dando a conocer sus sentimientos amorosos e ideales, que ahora puede convertir en realidad, como es el ofrecer un hogar a Carmen a la que considera buena; pero al verse traicionado por ésta, la conducta de Andrés estalla en terribles celos, la ira en él se desborda.

Aquí la actuación del personaje es violenta, y cuando ya está resuelto a cometer el crimen, cruza por su mente la imagen de la cariñosa madre que impide que el final sea trágico.

El desertor.

El autor deja conocer al desertor como un pobre hombre que trata de ser grato.

Todos le quieren y hasta en el lector llega a producir simpatía.

“Dice el desertor que es de Sonora; que fué arrebatado de su casa, por la leva, que era feliz y dichoso al lado de su mujer y de sus hijos: . . . Dice también que desertó porque ya estaba cansado de aquella esclavitud y aburrido de servir en el Regimiento y si llegan a descubrirle, le fusilarán sin remedio”. (148) Con estas conversaciones logra conmover a sus oyentes, por lo que todos le protegen.

Doña Luisa personaje principal también, es “La desdichada mujer, antes tan fuerte y animosa, se siente ahora débil y cobarde”. (149) Físicamente no hay un retrato preciso, pero se le conoce a través de sus sentimientos.

El recuerdo del marido asesinado le causa dolor y llanto, a pesar de que han transcurrido tres años. Día a día hace consideraciones sobre la bonanza de las cosechas, pero estos bienes materiales,

148.—Ibidem., p. 273.

149.—Ibidem., p. 272.

para ella no tiene ningún valor, ya que quien debía gozarlos y disfrutarlos ya no existe.

Esta buena mujer miente a la justicia, al teniente su compadre, que va en busca del desertor, manifestando que ese hombre estuvo allí y le dió hospitalidad pero considera que es un deber cristiano cumplir con los mandatos de Dios.

Por labios del teniente la viuda se entera de que el desertor fué uno de los asesinos del marido. Doña Luisa reacciona con sentimientos de venganza, pero a la vez logra dominar su sentir aparentando serenidad frente al representante de la justicia.

La buena anciana, valerosa, ordena a su hijo Antonio que proporcione todo lo necesario para que el desertor huya, y no vuelva más.

Al regresar Antonio la madre le informa de quién es aquel hombre que va ya en camino. En éste hay una reacción de venganza; pero Doña Luisa una vez más pone de manifiesto sus sentimientos religiosos, impidiendo a que el muchacho actúe.

Como personajes secundarios están las dos hijas, Lucía y Mercedes quienes al ver partir al desertor lloraban pero después hay desconcierto frente a la actitud del hermano y la madre que calladamente sufría.

En legítima defensa.

El personaje principal es el labriego de: "Rostro de líneas duras, escaso de barba, muy expresivo y franco. Era rico el buen hombre y vestía como cualquiera de sus peones: zapatos de vaqueta amplios y de suelas dobles; pantalón de dril y blusa de franela azul. Era de cuerpo robusto y de musculatura recia". (150)

El autor acompaña a este retrato físico los sentimientos, y conflictos de conciencia causados por el remordimiento que le abate.

Hay meditaciones de fé y justicia divina, cuando dice con gran tristeza: "—¿qué valía ese dinero con la vida de aquel hombre...

150.—Ibidem., p. 212.

cuya familia se vió de la mañana a la noche sin jefe, sin apoyo, tal vez sin un pedazo de pan...? ¡Dios lo habrá ayudado...!” (151)

Sus acciones tienen un gran sentido de nobleza, ya que en forma anónima favorece a aquella familia que ha quedado sin protección paterna.

Más tarde los huérfanos toman venganza en el matador de su padre, y lo llevan a fusilar. El campesino no pone ninguna resistencia; él con resignación cristiana espera su último momento y explica a sus vengadores lo sucedido: “Yo maté al padre de ustedes en defensa propia, en defensa de mis intereses, de mi nombre y de mi vida. Soy honrado, lo he sido siempre. No había odio entre nosotros; yo no lo ofendí, él sí me ofendió; yo no lo atacé en su casa, él sí; yo no lo insulté; él sí me insultó. ¡Hagan ustedes lo que quieran de mí. Yo me pongo en manos de Dios. La justicia de los hombres me ha absuelto y me ha dejado libre. Si los hombres se equivocaron y soy culpable, dejen ustedes que Dios, que todo lo sabe, me castigue”.

(152)

Los ajusticiadores nada respondieron y se marcharon. Ambos murieron después en diversas circunstancias según cuenta el anciano pero el recuerdo de aquel suceso a pesar del tiempo, perturba la tranquilidad en que vive.

El asesinato de Palma-Sola.

(Histórico).

Casimiro González, ranchero de Palma-Sola y Margarita su esposa, protagonistas de este relato.

No describe el retrato físico de Casimiro, pero sí cualidades de ser campesino honrado y trabajador. En este hombre hay un cierto presentimiento de su desgracia, va triste, con cierta angustia, sin saber el motivo de su inquietud. Nunca antes le había asustado el camino fangoso que tantas veces como ahora había recorrido, deseos le daban de no proseguir y sí de regresarse.

Su mula también estaba sobresaltada, pero al fin llegó al hogar, ansioso de buscar reposo.

151.—Ibidem., p. 216.
152.—Ibidem., p. 217.

Margarita: "Linda campesina de apañado rostro, esbelto talle y grandes ojos negros. Sonreía afable y cariñosa". (153)

Margarita que ha fraguado el crimen, domina sus profundas emociones que eran de traición, de horror, frente al marido con quien dialoga.

La actuación de esta mujer es perfecta cuando obliga a Casimiro a salir a media noche para que sea asesinado por el amante.

El tiempo ha transcurrido, Margarita envejecida, conservando algunos rasgos de su hermosura de antaño se presenta al juzgado.

El juez y el secretario, asombrados, recuerdan aquel delito y reconocen a Margarita, que es acompañada de un niño de siete años.

Ella confiesa su complicidad en el crimen porque el remordimiento no le ha dejado vivir. Hay en ella sentimientos de tribulación y de dolor.

Voto infantil.

Don Antonio, figura principal, anciano de setenta años, de gran carácter, convive con su sobrina una jorobadita hacendosa.

Don Antonio había participado en el sitio de Veracruz, con la Guardia Nacional de Pluviosilla, más tarde en la batalla de Padierna, y en Churubusco, donde por defender la bandera nacional de manos del enemigo, fué herido, perdiendo el brazo derecho.

Por su condición de inválido recibía una pensión.

El soldado vivía abrumado por su situación económica y aceptó del Gobierno Imperial el empleo de portero de una oficina; pero al restablecerse la República, fué acusado de traición a la patria, sólo porque no simpatizaba con los intereses yanquis.

A través del personaje se conocen los bajos intereses de la política, ya que don Antonio no volvió a percibir pensión ni ayuda alguna, y medita cómo sus servidores son desconocidos, pero cómo otros que recibieron mercedes del Archiduque gozaban favores del nuevo régimen.

153.—Ibidem., p. 265.

Así, con estos razonamientos, el soldado decide convertirse en maestro de escuela.

Hay en él una gran exaltación de amor hacia la patria, que se advierte en la narración histórica que hace a sus alumnos.

Noche triste.

El personaje principal es don Francisco de Hevia, de quien el escritor refiere carácter y actuación.

Hevia era "Coronel del Regimiento de Castilla, un militar por extremo pundonoroso, valiente y ameritado, tan quisquilloso en las cosas del servicio, que pasaba por uno de los jefes más exigentes y terribles de cuantos sostenían los derechos de la corona de Carlos V.

...Distinguíale, por desgracia, altivo y colérico carácter, del cual se contaban horrores..." (154)

Su energía era tan extremada que hasta las mismas guerrillas insurgentes le temían, así Hevia obtenía triunfos y Orizaba y Córdoba vivían en completa tranquilidad.

Era de una pulcritud desmedida, cumplía con sus deberes cristianos y su vida cotidiana era de gran retrainimiento.

El juego era su única afición, por lo que pasaba gran tiempo jugando al solitario.

Jamás se le conoció ninguna aventura amorosa, algo tan común y corriente en los militares, pero ésto no obstaba a que fuese gentil con las damas. Con los niños era cariñoso y sólo tenía dos amigos.

Aquí el autor aprovecha para decirnos, que uno de esas amigos era don Juan Antonio Gómez, español de origen, quien fué el introductor de los mangos de Manila y del café en Córdoba.

Casi todo el relato gira alrededor de este personaje.

Como tipos de conjunto describe a los frailes franciscanos, seguidos de la gente del pueblo quienes recorrían los barrios realizando actos religiosos.

Para toros del Jaral.

En este relato el autor enfoca su atención a un barbero hábil, chismoso pero con más talento que los demás habitantes de Villapaz.

“...don Malaquías López como le llamaban algunos, o «ñor» Malaquías, como le nombraban casi todos, era libre pensador, espíritu fuerte...” (155)

Los rasgos peculiares de la personalidad de don Malaquías son los de un individuo alegre, parlachín, que se las daba de ilustrado como suelen hacerlo todos los de su gremio, con ideas un tanto jacobinas, siempre hablando mal de los curas, sólo para hacer gala de sus conocimientos e ideas liberales, frente al alcalde y al maestro de escuela.

La jactancia de este tipo está caracterizada con acierto, ya que llega a considerarse capaz de gobernar a todas las clases sociales de la villa, de quien conocía sus embrollos e intrigas; sin embargo no ambicionaba el poder político pues sin tenerlo imperaba a su arbitrio desde su sillón de peluquero, “...y todo sin aparecer en escena, desde el telar o entre bastidores con la purita verba, con la visísima charla, mientras el cliente aguardaba el turno...” (156)

A través de este tipo que representa una clase social, se conoce la actuación del pueblo, presentando a otros tipos, así a Juanito Bolaños joven petulante, profesor normalista, que dirige la escuela primaria y discute con don Malaquías; el boticario don Indalecio Bardales, que corre fama de ser espiritista y magnitizador; de la santera de la ermita del Niño Cautivo, mujer beata y chismosa, el grupo de padres de familia que protesta contra la ineptitud del profesor Bolaños y que es retirado de su puesto.

La influencia de don Malaquías es más notoria, por la actuación que tiene el pueblo mostrando su indiferencia y descontento con los buenos párrocos que llegan a Villapaz.

Así como en otras narraciones aparece el sacerdote aquí describe algunos rasgos exteriores del padre Domínguez, “...de aspecto tí-

155.—Ibidem., p. 344
156.—Ibidem., p. 346.

mido y bondadoso, muy vivos y brillantes ojos, mirada inteligente y finos modales..." (157)

Este logra consolidar su estancia en aquella población por su gran agudeza de ingenio, que da a la narración un sentido humorístico extraordinario. Esta situación no había sido ganada por ninguno de sus antecesores, uno de ellos el padre Gorostegui, español, a quien se le conoce a través del diálogo con el clérigo Domínguez, que narra su fracaso en aquel lugar, a pesar de haber sido capellán de tropa y alude su incapacidad, sólo por no haber sabido frenar a tiempo los mandatos de don Malaquías.

Genesisica.

Aquí la figura central es don Aristeo, a quien el autor personaliza en forma singular.

El carácter del protagonista queda marcado desde el principio del relato, es el viejo talentoso del pueblo al que todos quieren y buscan, no sin faltar la murmuración de los coterráneos juzgándolo de "chiflado" por influencias espiritistas, pero lo cierto es que don Aristeo entiende y habla de todo.

Este personaje, como todo ser humano, tiene sus días de tristeza y de mal humor, pero esto no es lo característico en él, por el contrario es: "Parlero, locuaz, si está de vena, es un gusto oírle. De aquella boca desdentada salen a porrillo anécdotas, cuentos, chascarrillos y coplas, como guindas de cesta, enredados los unos en las otras". (158)

Se sabe de donde viene, en su juventud gozó de lujos y de aventuras amorosas, y ahora en Torre Blanca goza desde hace treinta años de una vida apacible y tranquila.

Es un erudito, de ingenio y de criterio.

El autor pinta el retrato físico de don Aristeo: "¡Singular personita! Cabeza vivaracha y esférica: nariz roma; barbihecho siempre; rugosos la frente y los carrillos, ojuelos vivísimos y maleantes". (159)

157.—*Ibidem.*, p. 348.
158.—*Ibidem.*, p. 351.
159.—*Ibidem.*, p. 352.

Un complemento que singulariza más a este tipo es la indumentaria que está descrita con lujo de detalles: "...único en el pueblo: levita negra de mangas muy ceñidas; chaleco de piqué; pantalón angosto, que cae sobre unos botines de gamuza con punteras de cuero acharolado; camisa albeante, sin brillo ni almidones, que asoma en puntas y tirilla, de entre las vueltas de la corbata sofocante. Prendas secundarias: pañuelo monacal; chistera que suele ir despeluzada, y ...capa española". (160)

Don Aristeo en ninguna época del año, se quita la capa, a pesar de los ardientes calores que en aquella zona veracruzana se registran.

Si alguno le hace insinuación de su prenda él responderá:

—"Contra solazo... capotazo".

Como ya quedó anotado, el tema tratado en esta narración es sobre la creación de los tontos y la existencia del talento, asunto que es tan llevado y traído en el pueblo, y que en labios del personaje adquiere un tono agudo y chistoso.

Pancho el tuerto.

El personaje principal es Pancho conocido a través de la conversación que tiene un viejo con el Deán.

Alrededor de Pancho giran otros personajes secundarios en los que se apoya el autor para complementar la figura de este tipo, como son el peluquero y el padre guardián del convento.

Podría considerarse a Pancho como ejemplo del pelado mexicano que vive las más variadas situaciones.

Su extracción es baja, sin embargo se roza con toda la sociedad, desde la más encumbrada hasta la más baja. Sabe hacer amigos a cuantos trata y como tiene viveza y gracia les entretiene con sus dichos y relatos, que le son pagados con generosidad.

Dentro de sus hábitos, él jamás pide ni acecha a sus protectores y siempre es obsequiado con un "medio nuevecito".

160.—Idem.

En la trayectoria de este personaje se destaca la afición que tiene al pulque. . . “¡Desde Regina hasta el Carmen no había bebedor que se le igualara!” (161) A veces ingería más de la cuenta, como lo hizo en esta ocasión en que llegó a perder la conciencia.

El personaje después de su estado de ebriedad, en un diálogo breve que tiene con el padre guardián del convento, trata de explicar quien es y como ha llegado, presenta diversas actitudes, dando cierta caracterización de emotividad a medida, que se va dando cuenta de su indumentaria. Reacciona nerviosamente cuando:

“Vióse Pancho y abrió tamaños ojos, y alzándose el zayal contempló su interna desnudez”. (162)

Solicita, con tono irritante que le proporcionen un espejo y al verse hay resignación y burla llegando hasta la congoja y “. . . llenos de lágrimas los ojos, siguió diciendo:

—Y que pregunten por mí, por Pancho el «tuerto». ¡Si no está, ese soy yo! y. . . si está. . . entonces. . . ¡El diablo sepa quien soy yo!” (163)

Otra característica de este personaje es el lenguaje popular que emplea sin abandonar el tono humorístico.

Rigel.

El autor da el retrato un tanto caricaturesco, con matiz humorístico del personaje.

Se trata de un solterón empedernido de cincuenta años, don Cándido Altamira y Tendilla, Marqués de Altramuces.

Los antecedentes de este tipo hacen saber que era inteligente, con cierto grado de cultura, fué agregado de una embajada, y su posición económica le dió posibilidades de ser un juerguista en ambiente de salones aristocráticos de la corte, con sus bailes y fiestas.

El marqués cierta ocasión vacacionando en aldea veraniega, monologa haciendo consideraciones acerca de su vida, y con cierta

161.—Ibidem., p. 339.
162.—Ibidem., p. 362.
163.—Idem.

desilusión con el trato hacia los hombres y padeciendo achaques del reuma, decide instalarse en aquel lugar solariego con las comodidades propias de su linaje.

Se traza un plan de vida ordenada, teniendo trato amistoso sólo con el cura y el médico del lugar, asiste de vez en cuando a la botica, donde se ventilan los chismes.

Don Cándido en convivencia de tres criados, gozando del afecto de doña Prudencia, prototipo de la fiel ama de llaves y del amor exagerado que le tenía a Rigel, perrito mimadísimo, pasaba la vida contento y feliz.

Este personaje está caracterizado con detalles que pueden observarse en los diálogos tenidos con doña Prudencia, y el perro.

Se trata al perro como a un chiquillo mimado que estaba bajo el cuidado de una joven doncella. “¡Y qué bien era tratado el animalito! Así como le atendían en la mesa, a manera de simpático ahijado o predilecto sobrino, así le consideraban y le miraban en el salón. Suyos eran las alcatifas pérsicas, los cojines de pluma y los tapetes de Utrecht.

¿Hacía calor? Pues ¡baño para Rigel! ¿Soplaban vientecillos fríos? Cerrar las vidrieras, y que entrara Rigel. ¿Llegaba el invierno? Venga la camisa aforrada de nutria, la camisa purpúrea con las iniciales de don Cándido y la corona consabida.

—¡Prudencia...! Rigel tiene hambre... Déle usted galletas inglesas o un emparedado de perdiz! ¡Prudencia! ¡Prudencia! Esta criatura tiene sed... Déle usted grosella... ¡Por Dios, Prudencia! Rigelito está enfermo... ¡Que llamen al Doctor”. (164)

El proceder ridículo de don Cándido alarmaba a la servidumbre y sobre todo a doña Prudencia quien constantemente observaba a su amo hablar con el perro, dándole consejos como a un hijo y hasta temía que le enviase al catecismo y a la escuela.

El clérigo calmaba a la buena ama de llaves y habló con don Cándido acerca del asunto, citándole versículos bíblicos, textos de

164.—Ibidem., pp. 330-331.

Aristóteles que impugnan las reflexiones que algunos tienen atribuyendo a los animales inteligencia y reflexión.

Todo era inútil porque el egoísta solterón pasó inadvertido el consejo y después mostró desagrado, esta actitud molestó a don Benigno, el cura, quien acabó por alejarse de la casa de su amigo.

Don Cándido, al morir el perro, estaba abatido como si hubiera perdido a un hijo.

El párroco al recibir la esquela de los funerales de Rigel, reacciona con indignación y en un diálogo con el señor de Altamira, le reprende por su actuación intolerante, pero el marqués abatido, le explica que la última voluntad del perro era que le donara dos mil pesetas, así el clérigo cambia su actitud dando una bendición hacia el féretro.

Adolfo.

El narrador traza directamente al romántico protagonista:

“Gallardo cuerpo, frente despejada y hermosa, facciones delicadas, recta y fina nariz, pálido con la palidez de Byron o de Werther; ojos negros, grandes, rasgados, vivos, llenos de pasión; barba cortada en punta, a la antigua usanza española; bigote retorcido y echado hacia adelante... Además talento, cultura, juventud y riqueza”. (165)

Describe la elegancia de su indumentaria. Es el aristocrático señorito que además cuenta con la simpatía de amigos, el cariño de sus padres y por si esto fuera poco, era favorecido del interés femenino.

Pronto su vida se trueca en desdicha. Las características del héroe son de una pena profunda.

Las actitudes en el personaje casi son por instantes, provocadas por estados emotivos así:

“—cuando todas las miradas estaban fijas en él, le ví desmudarse, bajar los ojos, y murmurar al oído de su compañera...” (166)

165.—Ibidem., pp. 196-197.
166.—Idem.

En un diálogo con el narrador, que es su amigo, le hace saber confidencialmente su conflicto sentimental, que es el amor fracasado, y hace resaltar sus sentimientos de nobleza renunciando al cariño correspondido de la bella Enriqueta.

El sufrimiento del personaje está caracterizado, cuando en la conversación por instantes enmudece. “Dos lágrimas de esas que bajan quemando el rostro, rodaron en sus mejillas. Sacó el pañuelo, se enjugó los ojos, y después de un rato de silencio, prosiguió...” (167)

Adolfo buscó el olvido para sanar el dolor, pero sólo logra degradarse en el vicio. “Ya no es el garrido mancebo de arrogante aspecto... (ahora) Encorvado, enfermizo, decadente, torpe en el andar, hirsuto el cabello, hinchado el rostro...” (168)

Su mal era incurable, era buscar algo sin esperanza.

Amistad.

Los dos personajes principales son antitéticos, presentados con pocos trazos físicos en un ambiente adecuado.

El uno de treinta años, de tez carente de lozanía, el pelo empezaba a encanecer. De estas características se sirve el autor para explicar que la vida de éste había transcurrido en el aturdimiento que producen los muchos placeres. Por su apariencia parecía ser cobrador de alguna negociación.

Se percibe que el estado de ánimo por el que atraviesa es de terrible desasosiego, su actitud es obstinada, irreflexiva, cayendo dentro de un gran mutismo; “Sus ojos brillaban como dos ascuas. Cruzó los brazos sobre la mesa y entre ellos ocultó el rostro, como rendido al peso de una desgracia”. (169)

Hay actuación cuando de pronto saca de su bolsillo un revólver arrojándolo sobre la mesa, lo que deja traslucir una tragedia que es impedida por su acompañante quien recoge precavidamente el arma.

167.—Ibidem., p. 199.
168.—Ibidem., pp. 199-200.
169.—Ibidem., p. 206.

Otro además es el recuento que hace de los billetes, y su irritabilidad aumenta al convencerse que le falta dinero.

Este estado deplorable del infeliz individuo hace suponer que había dispuesto de algún dinero ajeno.

El otro personaje está esbozado, con pulcritud en su vestir y modales que denotan educación.

Es el amigo generoso, apesadumbrado por la fatalidad ajena, pero que aparenta serenidad e impide el suicidio sólo con agregar a la cartera de su amigo unos billetes.

En breve diálogo se observa la nobleza de este magnífico hombre y a la vez el dramatismo tan bien obtenido en el relato.

El retrato del nene.

Los protagonistas son Julio e Inesilla. Julio el modesto estudiante que viene de la provincia a la capital a realizar estudios, “mancebo de veinte años, pálido, melancólico de negro y sedoso bigote. Era guapo el mozo, y además parecía de excelentes costumbres, estudioso, retraído, pulcro y enemigo de parrandas y juergas (170)

De carácter tímido de sentimientos buenos, jamás obraba de mala fé. Su vida la pasaba entregado al estudio de los libros y para distraerse ambulaba por las calles.

Jamás participaba en lances amorosos como lo hacían sus compañeros y ésto le entristecía, considerando que era falta de hombría. Esta idea llegó a obsesionarlo.

El carácter del joven va teniendo diversos matices, deja de ser buen estudiante, el amor romántico que presenta hacia Inés, le parece una actitud boba. “No le gustaba parecer bueno: creía que eso era impropio de su sexo, como señal de afeminación, como el rebajamiento de las energías y de la entereza...” (171)

Inventaba ante sus compañeros aventuras amorosas, alardeando de su experiencia pero desgraciadamente esa fantasía perversa

170.—Ibidem., p. 299.
171.—Ibidem., p. 303.

la convirtió en realidad, llegando a la más espantosa degradación, siendo arrastrado por el vicio, frecuentaba cantinas y los peores lugares, abandonó sus estudios, explotó a sus padres y cada vez su valor moral era rebajado.

Presenta una lucha con su conciencia, pero que hacía acallar sintiendo orgullo de sus penosas parrandas.

Su conducta frente a la candorosa novia, es atrevida.

Inés la muchacha simpática, hogareña, cuya vida transcurría al lado de su anciano padre y de su tía Carmen quien siempre estaba dedicada a menesteres domésticos. En aquel hogar jamás se permitía que la joven hablara de amores.

La doncella es de carácter tímido y casi siempre desdeñosa con sus enamorados. Pese a todo ello correspondió al amor de Julio a quien le entregó apasionadamente todos sus sentimientos candorosos, inocentes y desinteresados. Ella creía y confiaba en todas las dulces promesas del amado, pero esos amores románticos, en cartitas, entrevistas breves, desaparecen para convertirse en amores íntimos.

Ella vence su miedo y accede a las invitaciones de Julio, otras veces está decidida a no acudir a otra cita más pero ésto no sucede.

En su estado de ánimo quedó perdida aquella alegría, ahora había intensa tristeza, abatimiento, angustia, todo era aflicción.

La situación de ambos personajes es de verdadera conflicto en esta historia amorosa, donde la ruín seducción del galán triunfa.

Julio al saber que Inés será madre se muestra jubiloso momentáneamente, después reacciona con temor y remordimiento. Medita en la mejor forma de resolver el problema. El deber le aconseja a salvar el buen nombre de Inés.

Diversas ideas le asaltaban recordando su vida pasada que era limpia. "¡Cuán odiosas le parecieron aquellas citas, aquellas cartas, aquellas entrevistas en el panteón y aquel cuarto del hotel, frío, in-mundo, donde había caído, rendida por el amor y la palabra halagadora, la virtud sin mancha de la pobre doncella!" (172)

172.—*Ibidem.*, p. 309.

Pero al fin llegaba al cansancio sin encontrar solución y para olvidar su preocupación continuaba su vida de crápula y rehuía entrevistarse con Inés, y ésta en su desamparo le enviaba cartas, suplicando, exigiendo y recriminando su conducta cobarde, pero todo fué en vano porque Julio jamás contestó.

El volvió a su provincia al lado de sus padres. La joven y la tía desaparecen.

En él quedó para siempre el remordimiento.

En el anfiteatro.

Podría decirse que es la biografía del protagonista. El relator es un clérigo, anciano que evoca gratamente su vida, desde su infancia y muestra su carácter y sus actividades.

El extremado cariño de su madre le había forjado un temperamento apocado, tímido y hasta cobarde. Continúa recordando su aprendizaje en la escuela acerca de las diversas ciencias, no sin faltar la instrucción religiosa y latín.

La preocupación de sus padres acerca de su porvenir fué meditada y acordaron que siguiera el oficio de boticario, en donde estuvo dos años, porque aquel comercio pasó a otro dueño.

Mientras tanto él, que no tenía oficio ni beneficio, aprovechaba el tiempo recorriendo las calles del poblado como un fanfarrón y su padre al percatarse de ello lo envía a la botica del hospital. Ahí pasaba los días ocupado en nuevas tareas lo que le hacía llevar una existencia retraída y hasta indiferente al dolor.

Aprendió a ocultar todos sus sentimientos logrando pasar por un hombre resuelto.

Su amor propio le impedía manifestar queja alguna frente a sus padres.

Este carácter abstraído fué modificado, al grado de que llegó a pretextar motivos de razón para quedarse a dormir en el hospital y disfrutar de amplia libertad, y compartir con sus compañeros de las fiestecitas.

El mismo protagonista manifiesta como se volvió malvado y como al realizar una broma pronto recibió el castigo.

Como tipos secundarios descritos sobresalen el boticario y el doctor.

El primero era: “un vejete de nariz aguilina, cuerpo enjuto y amojamado, sepieterno jugador de conquián... y de albures...” (173)

El doctor, don Adolfo, quien atendía las enfermedades infantiles del protagonista: “Un francés, bretón de Saint-Malo, un paisano de Chateaubriand, de cabeza redonda, rostro sanguíneo, cabellos bermejós, locuaz, ligero de movimiento, afable y jovial”. (174)

La indumentaria de este personaje también es descrita con lujo de detalles, singularizando el sombrero, el pantalón de lino y con fina burla los zapatos de dril blanco que llevaban una travilla anticuada. Es una fotografía bien lograda.

Para testar.

Los protagonistas son el padre moribundo y sus cuatro hijos.

En este cuento sólo está descrito el retrato del padre, don Ramón, dando pormenores del estado agónico en que se encuentra.

Así habla de la cara demacrada, el color de los labios, “¡Y qué brillo el de aquellos ojos circuidos de tintas violáceas, en los cuales parecía que la vida se iba concentrando para esplender con las últimas llamas, y luego apagarse poco a poco!” (175)

En este estado agónico descubre a sus hijos un secreto desagradable y vergonzoso.

Les explica la acontecido y para ello hace una serie de consideraciones, en las que el lector se entera como hizo fortuna y que Alejandro y Ramón son hijos de su primer matrimonio y Luis y Jorge de unas segundas nupcias, sin embargo siempre existió amor y respeto familiar.

173.—Ibidem., p. 243.
174.—Ibidem., p. 242.
175.—Ibidem., p. 337.

Con voz débil y solemne expone sus reflexiones:

“—Acabo de arreglar con Dios mis cuentas... La vida es dura, muy dura; todo en ello es dolor, y cuando creemos haber alcanzado felicidad y paz, vemos que se nos disipan como el humo.

Este mundo es un valle de lágrimas, en el cual tenemos mucho que sufrir y mucho que padecer...” (176) En este tono continúa bendiciendo y rogando a sus hijos tuvieran serenidad para escuchar el secreto guardado; pues uno de ellos no era hijo suyo.

A los hijos se les conoce a través de las diversas reacciones que van presentando como es el dolor por el estado que guarda el padre, la indecisión para hablar al progenitor acerca de que debe prepararse para morir, manifestando cada uno sus sentimiento que son angustiosos, Jorge sin embargo se muestra decidido.

Al oír la revelación los jóvenes muestran asombro, duda, y guardan un gran silencio, pero al fin, deciden con sentimientos nobles y optan por ignorar quien de ellos carece de la paternidad que hasta entonces había disfrutado.

V

ALGUNAS OBSERVACIONES

ACERCA DEL ESTILO

Tienen todos los relatos el esmero de la forma y la habilidad del artífice que sabe dar encanto e interés a asuntos que parecen baladíes.

Hay conocimiento de lo mexicano en la vida del pueblo, sabiéndole dar valor poético a la atmósfera que lo rodea.

La sensibilidad triste pero comprensiva del autor, unida a su condición de buen observador, le capacita para dar información de la manera de ser de la sociedad mexicana, en los últimos veinte años del siglo XIX, en especial de su provincia, lo que da un carácter regional a sus escritos.

Muestra los defectos de la población, haciendo una crítica apenas perceptible.

Con fino humor, gracia y rapidez desarrolla la vida de los personajes, como puede advertirse en cuadros de costumbres como *La gata*, *El caballerango*, *¡¡¡To...roooo!!!*, *Justicia popular*, que está más próximo al costumbrismo que al cuento, ya que hay predominio de descripción. *Mi vecina*, a pesar de que aparece el cuentista, no deja de observarse sobre todo en su parte final, características propias del costumbrismo, al describir la boda en el barrio y los retratos de los pretendientes de Clarita.

Otros cuentos tienen un cierto tono de intimidad como si fueran confidencias, que se guardan en un diario, como: *La chachalaca*, *Mi única mentira*, *Misa de madrugada*, *Amor de niño*.

En *La chachalaca* se confirma esta observación: "Es como una gota de tinta en la página más blanca del libro de mi vida". (177)

Hay eficacia cuando describe, empleando un lenguaje culto.

El material descriptivo que con más agrado emplea es el del campo.

Lo mismo en la ciudad que en el campo, los cielos mexicanos son el motivo donde más frecuentemente concentra su atención:

"Un cielo sin nubes, pero inundado de Norte a Sud y de Oriente a Poniente por la calina, como si humaredas lejanas, diseminadas en los campos, hubiesen espesado la atmósfera y extendido en la sabana, sobre las arboledas, sobre los plantales de caña de azúcar, un velo de azulino crespón". (178)

"El cielo se había despejado. La luna iluminaba con triste claridad arboledas y maizales; ligera brisa susurraba en las palmas, y los charcos reproducían aquí y allá, el menguante disco del pálido satélite". (179)

...el cielo de la costa poblado de cúmulos, en el cual dibujan los galambos cintas movibles, deltas voladoras". (180)

"El cielo cubierto de plumizas nubes, apenas dejaba ver, de cuando en cuando, una ráfaga de oro que, rompiendo el nublado, parecía anunciar a los campos el ocaso próximo del sol. ... Poco a poco se despejó el cielo, y aparecieron en las profundidades de su bóveda, azul como el zafiro, magníficas nubes: hacia el Oriente largos celajes horizontales que declaraban la proximidad del mar; hacia el Ocaso los gigantescos cúmulos de las comarcas montañosas, teñidos de jade y púrpura por el sol que caía, cúmulos que se movían lentamente, simulando castillos feudales, presa de las llamas..." (181)

177.—Ibidem., p. 250.

178.—Ibidem.

179.—Ibidem., p. 266.

180.—Ibidem., p. 271.

181.—Ibidem., pp. 290-291.

En este tono es como se recrea describiendo el espacio. En ocasiones, aprovecha algún fenómeno físico, como el relámpago, el viento o cualquier otro para presentar algún estado psicológico de los personajes:

“El vientecillo helado me hacía estremecer con estremecimientos de muerte...” (182)

La vegetación tropical de la región veracruzana despertó en Delgado una verdadera admiración, es por ello que describe las plantas y las flores con rasgos sobresalientes: “Una sima de obscuro fondo, en cuyos bordes despliegan sus penachos airosos los helechos arborescentes, mecen las heliconias sus brillantes hojas, y abre sus abanicos el ríspido huarumbo; un desbordamiento magnífico de enredaderas y trepadoras, una cascada de quiebraplatos rojos, azules, blancos, amarillos...” (183) “...«pochotes» colosales que esparcían al viento el nítido vellón de sus frutos maduros; higueras aparasoladas de níveas flores, airosos papayos; plantas de follaje flabefiliforme; «cocuites» florecidos de sueltos y flexibles tallos; gramíneas altísimas... orquídeas de forma singular y penetrante aroma; maglares de follaje craso... Allí germinan, crecen y florecen «mantos de la Virgen» cerúleos y sanguíneos, «quiebraplatos» de alba y delicada corola, leguminosas áureas de bracteados festones...” (184)

Hace gala de conocimiento botánico empleando términos cultos para la denominación de la flora.

La descripción geográfica, es generalmente por lugares perfectamente definidos, donde además se puede observar una gran semejanza, con Pereda, en *Peñas arriba*.

Delgado va por suelo mexicano donde hay barrancas profundísimas, peñascales bravíos y montañas altas.

El escritor español camina por las enormes Peñas de Europa. Ambos meditando en sus impresiones producidas por el espectáculo del paisaje.

En la ciudad y en el campo hay descripciones con relación al sonido de las campanas:

182.—Ibidem., p. 290.

183.—Ibidem., p. 271.

184.—Ibidem., p. 291.

“Al otro día es día de fiesta, día de San José y la hermosa campana del viejo templo de San Francisco repica alegremente, anunciando la próxima solemnidad”. (185)

“En aquellos momentos la vieja campana de la parroquia sonó solemnemente.

—¡La oración! —dijo el Cura, poniéndose de pie.
Rezó en voz baja”. (186)

“En medio del valle, la ciudad despidiéndose de la luz con el sole mne tañido de sus campanas”. (187)

“Y el sábado, ¡qué alegres sonaban las campanas en aquellas serranías! ¡Cómo repetían los ecos el regocijado repique...” (188)

“Las campanas de Pluviosilla, con toque sole mne y pausado, entonaban El Angelus”. (189)

El sonido de campana está asociado a un motivo de actuación en la vida de la gente, así de fiesta o de práctica religiosa, nota muy peculiar de la provincia.

La descripción de alguna parte del hogar, hace saber del gusto de los objetos allí existentes, es una información que caracteriza al poseedor de tales cosas.

En *Voto infantil*, describe la vivienda del profesor don Antonio y su sobrina. Dice cómo esá distribuida la casa, pero en especial detalla la típica cocina mexicana. “Una cocina muy bien arregladita y limpia, con su brasero de Necoxtla, con su armario lleno de platos y tazas de mil colores, y con las paredes cubiertas de cacharros; una multitud de cazuelas y cazuelitas, simétricamente colocadas; desde la colosal en que, allá por la segunda decena de junio, condimenta la jibosa un mole de guajolote de rechupete, hasta lo minúsculo de la alfarería arribeña, jarritos, torteritas, pucheros muy cuccos como para uso de los liliputienses, mil chucherías baratas de barro de la Puebla, que la pobre corcovada se ha complacido en coleccionar”. (190)

185.—Ibidem., p. 238.

186.—Ibidem., p. 245.

187.—Ibidem., p. 290.

188.—Ibidem., pp. 336-322.

189.—Ibidem., p. 325.

190.—Ibidem., p. 237.

Otras veces refiere objetos aislados como en *Para testar*, el salón donde se encuentra el médico mientras el hijo, habla con el padre moribundo, se leé la siguiente descripción:

“En tanto el doctor Fernández fingía entretenerse, examinando los dibujos maravillosos de un vaso nipón, obra de antiguo y afamado artista, un vaso soberbio, lácteo, ebúrneo más bien, rodeado, como por un collar de soles, con una rama de crisantemos imperiales, y en el cual desplegaba sus fantásticos plumajes un haz de grámíneas vaporosas”. (191)

Al caracterizar a los personajes por lo general describe detalles de la indumentaria o del físico y en ocasiones hace uso de los ademanes, como puede observarse en la parte de este trabajo que se refiere a retratos humanos.

Los personajes, son artesanos, obreros, gente del pueblo, o bien personas de la clase media que aunque modesta tiene cierta educación. Esta población transita en ciudades provincianas.

No olvida al campesino con sus sentimientos piadosos, dentro de su vida sencilla y pacífica, como en *Legítima defensa*, *El desertor* y *El asesinato de Palma-Sola*.

Va también hacia ambientes aristocráticos como en *Adolfo*.

Quando el autor traslada a sus personajes a esta metrópoli, se nota la aversión que tiene a las grandes ciudades haciendo apreciaciones, como por ejemplo en *Amistad*:

“Afuera la corriente constante de carruajes y trenes suntuosos; coches de alquiler; ciclistas que iban como saetas disparadas por mano poderosa; lagartijos atildados que paseaban luciendo lindísima estampa; busconcillas guapas que se lucían en la gran arteria; mujeres hermosas, alardeando de su belleza y de sus lujos; ruido, bullicio, confusión, la triste y tormentosa alegría del «todo México» a la hora de la gran exhibición diurna de la célebre calle-feria de vanidades, paraíso de bobos, perdición de mujeres, pudridero de corazones, corrupción de almas y semillero de vicios”. (192)

191.—Ibidem., p. 336.
192.—Ibidem., p. 205.

Sin embargo hace alusión a ciertos vicios que tienen las ciudades pequeñas, en donde la gente se entrega a la murmuración, al juego o se habla de política, como en la botica de don Procopio en Villaverde, lugar de reunión de los hombres ociosos ó en la peluquería de don Malaquías, hombre importante de Villapaz.

Las mujeres para cubrir la economía de su hogar se dedican a pequeñas industrias, vendiendo la producción entre familias acomodadas; asisten a la fábrica de cigarros o lavan y planchan sin descanso.

Dentro de esta población, el sacerdote, es otra figura que aparece en los cuentos actuando dentro de los deberes que la religión le señala; como en *Amparo*, *Para testar*, *Margarita* y *Para toros del Jaral*.

Otras observaciones que hace en *¡¡¡To...roo!!!* y *Para toros del Jaral*, dan la visión que el autor tiene acerca de la sociedad, y que introduce en su narración para dar colorido, al referirse a los visitantes de los Estados de Norteamérica.

En el primero se refiere a la apreciación que el visitante norteamericano hace después de haber asistido a una fiesta taurina:

“Uno de los yankis: —¡ah! Este pueblo moch barbaridá...!”

De su persona dice: “dos yankis trotones, muy rechonchos y altivos, que en vez de botas calzaban cascos de navío”. (193)

En el segundo, los hace aparecer como negociantes:

“...los gringos, esos que hicieron el ferrocarril, y ahora quieren aprovechar para una fábrica el Salto de Comaloapan”. (194)

El ambiente de religiosidad que prevaleció en el hogar del escritor, así como en la época en que vivió, hicieron que ese tradicionalismo se refleje en sus escritos, cuando preconiza cristianamente el perdón en *El desertor*; el recuerdo del amor maternal detiene al protagonista en *¿A dónde vas?*; el amigo generoso que salva la vida a otro, en *Amistad*; la veneración sincera de la Divinidad en *Mi semana santa*.

193.—Ibidem., p. 236.

194.—Ibidem., p. 345.

El amor lo presenta con algunas variantes: la belleza romántica del primer amor, en *Amor de niño*. Otras veces es la atracción de los sexos, existiendo conflicto con la moral íntima del individuo, en *Epílogo* y *El retrato del nene*. En el primero el protagonista es el criminal seductor, en el segundo es un amor fracasado pero con un sentido de respeto y de honor, semejante a lo que acontece en *Adolfo*.

El lenguaje de los relatos es expresivo, con naturalidad, amplio y refleja el gran conocimiento del vocabulario castellano del autor, así como la cultura literaria, de autores extranjeros.

A veces introduce el habla popular con algunos regionalismos, pero a pesar de disponer de este material, siempre tuvo cuidado de que la prosa fuera correcta y equilibrada.

En algunos cuentos alardea del conocimiento que tiene del lenguaje callejero:

“El pobre hombre echaba sus «zarambecos» y de «mona» en «mona», de «turca» en «turca», de «jurria» en «jurria» y de «zumba» en «zumba», llegó a ser en pocos años un ebrio asqueroso y repugnante...

Andaba muerto de hambre, cayendo y levantando, de tienda en tienda, de «changarro» en «changarro»,...

Su desdichado marido corría sus «prándigas» con otros de la misma calaña...” (195)

Otros con expresión popular familiar en los diálogos de *El caballero*.

“—¿Onde vas, hermano?

—¡Por áhi, hermano, al banco...

—Entra a encanchártela; te la convido. Luego dices que yo nunca me abro, y ya lo ves, soy parejo. Ora tengo mis níqueles... ¡Oye

—Pero si el patrón me está aguardando y voy por el «Tordo».

—Andale, entra; aquí está mi compadre Tiburcio. Anoche la corrimos juntos y ahoy venimos a rematarla.

195.—Ibidem., p. 201.

—A curártela, manito; luego se te echa de ver que estás crudo”.
(196)

En *Pancho el tuerto*, hay diálogos semejantes.

En *Legítima defensa*, *El asesinato de Palma-Sola* y *El desertor*, introduce algunos mexicanismos como ocote (conífera) tlecuile (hornilla). Los personajes usan el lenguaje propio y respetuoso del campesino.

“—¡Buenas tardes!

—¡Téngalos usted, señor!” (197)

En *El asesinato de Palma-Sola*, en el diálogo que Margarita tiene con Casimiro, el marido, invitándole a tomar café:

“—¿No bebes?

—Echate el café y tráite la limeta. Estoy cansado y quiero dormir”. (198)

En *El desertor* también emplea el diálogo rústico, del que se anotan algunas expresiones aisladas de señora Luisa y el teniente.

“—¡Alabo a Dios!

—¡Alabado sea!

—¿Y mi comadre y el pintontli?

—¡Con salú, comadrita!

—¡Como vienes tan armao y con tu patrulla!

—¿Qué te trujo Pablo?

—Vino y nos pidió hospitalidá...

—¡Probes gentes!” (199)

Los adjetivos son usados con frecuencia. Los emplea dando mayor luz al concepto, realzando su color y forma y quizá con la intención de personificar los objetos; violín *trémulo*, flauta *quere-llosa*, *solemne* voz de Albano, ramas *gallardas*, crepúsculo *ardoroso*,

196.—*Ibidem.*, pp. 217-218.

197.—*Ibidem.*, p. 211.

198.—*Ibidem.*, p. 265.

199.—*Ibidem.*, pp. 273-274.

linfas *parleras*, rosal *anémico*, sordo rumor del río, arroyuelo *gárrulo*, carrizales *inquiéticos*, selvas *rumorosas*, como estos ejemplos hay un gran sinnúmero.

Abundan los diminutivos: Salía para la amiga en *puntito* de las ocho, un *momentito*; soplabá un *vientecillo*, *ojitos* negros, unas *firmitas*, la *colita* del *ratoncillo* y otros muchos.

Repetición de una misma palabra, como para fortalecer más las expresiones:

“—¿Y qué piensas hacer?”

—Nada.

—¿Nada?

—Nada”.

“Reza hijita mía, reza”; “se echaba a llorar quedito, muy quedito”.

El uso de la imitación de sonidos con transcripción fonética, como las campanas de un reloj: ¡tin! ¡tin! ¡tin!; el canto del gallo: quiquiriquí; unos niños tarareando un toque militar: tan, tan, tarrán, tan... tan, tarrán, tan.

Las comparaciones las usa con moderación: el cielo es azul como el zafiro; las lagunas de Mandinga como espejos de plata en cuyos cristales despleaban sus velas como una parvada de cisnes, multitud de esquifes pescadores; ciclistas que iban como saetas disparadas por mano poderosa.

Al referirse a las nubes hay una serie de imágenes: Animales heráldicos, peces de gualda, aves de lumbre, águilas ardientes que cruzaban el espacio.

Delgado tuvo gran preferencia por el escritor de Polanco a quien llama “su amadísima Pereda”; y como él se recluye en su comarca.

Sabe describir lo mexicano con tintes propios y corrección de estilo castizo y claro, que fué modulado y encauzado por el gran respeto y admiración que tuvo para los clásicos castellanos, sobre todo para el gran Cervantes Saavedra, llegando él mismo a reconocerlo, cuando dice: “la incomparable lengua del pasmoso Cervantes”.

Don Francisco Monterde dice acerca del autor veracruzano que: "Su estilo debe mucho a José M. de Pereda; pero cuando se habla de tal influencia, reconocida por Rafael Delgado, no hay que olvidar que éste con más pulido gusto, no llega a las asperezas de expresión de aquél a quien admira, pues no sigue, en los defectos, del autor de *Escenas montañosas*". (200)

En conjunto el estilo del autor corresponde a la escuela realista aunque, al desarrollar su obra restringe sus temas y su ambiente a una zona geográfica, Veracruz, esto lo coloca dentro de un marcado regionalismo.

En sus *Cuentos y notas*, se advierte que parte del cuadro de costumbres; a través de sus evocaciones la narración es romántica, aunque pone toques realistas; incluye sucesos históricos ó alguna anécdota local; va de lo descriptivo al trazo de caracteres y culmina su trayectoria, colocándose dentro de un humorismo que descubre la fina ironía del autor.

VI

CONCLUSIONES

1.—En general los cuentistas mexicanos del siglo XIX siguieron las corrientes europeas imperantes: costumbrismo, romanticismo y realismo, en especial de autores franceses y españoles.

En México, a pesar de la atracción que los escritores demostraron por el cuento, no existe ningún autor, excepto Micrós, que se haya dedicado en forma exclusiva a cultivarlo.

Por lo general, los cuentistas son también novelistas, poetas, críticos, periodistas, militares de profesión o maestros.

Se trata al cuento mexicano del siglo XIX, en las historias de la literatura, cuando el novelista, o el poeta también ha escrito cuentos, es decir ocasionalmente.

Es difícil definir lo que es el cuento como género literario.

El cuento para Delgado, según lo expresa en sus *Lecciones de literatura*: “narración es el relato hermoso, interesante y completo de alguna cosa real o fingida, hecho con el fin de enseñar o conmover o divertir”. (201)

Tomando en cuenta esta idea se puede estimar que el escritor logró su propósito de crear cuentos, al mostrar realidades un tanto idealizadas y que logran causar emoción.

201.—DELGADO RAFAEL. op. cit. Tomo II. p. 458.

El cuento anterior a 1867 es romántico ya que predomina la nota sentimental y la idealización de personajes, sin embargo las descripciones del ambiente son realistas.

Los temas por lo general son del romanticismo europeo; el amor imposible o fracasado, la rebeldía, la aventura truculenta.

De vez en cuando hay temas históricos mexicanos.

Como ejemplos Florencio M. del Castillo llevado a culminación por Pedro Castera.

El cuadro costumbrista tiene sus orígenes en las obras de Fernández de Lizardi y ha de continuar años más tarde.

Al principio este cuadro pinta tipos y costumbres del país a la manera española, pero esta pintura cambia a lo largo del siglo, en ella habrá una fiel representación de las condiciones de la vida social y política del pueblo.

Como representantes se cita a M. Payno.

(1867-1883) Con el triunfo del partido liberal y de la Reforma, la nación va a tomar caminos nuevos.

Hay cambios radicales respecto al poder económico de la iglesia, modificaciones en la orientación de la instrucción pública y de la vida económica de México. Aparece en el campo del pensamiento mexicano el positivismo.

Esta época de paz va a prolongarse hasta la primera década del presente siglo.

A partir de 1867, y al amparo de un ambiente de calma, los escritores se dedican ya a la creación de una literatura nacional que es impulsada principalmente por Altamirano.

Los cuentos se siguen cultivando, pero con un romanticismo moderado, tanto en los temas como en los sentimientos, y así puede observarse en Justo Sierra.

Los cuadros costumbristas también obtienen refinamiento con Roa Bárcena y Riva Palacio. Son los que inician el cuento de estilo familiar, como si fuera una conversación de recuerdos, de asunto sencillo, que sugiere emoción.

De 1880 a 1910, continúa ese remanso de paz y bienestar material, sobre todo en cierto sector social; pero hay un decaimiento en el pueblo.

La literatura alcanza un nivel más alto.

El modernismo en la poesía, no dejó de influir en el desarrollo del cuento, siendo introductor Manuel Gutiérrez Nájera quien impone modalidades sugestivas, y que otros escritores continúan con las variantes personales como Amado Nervo, Alberto Leduc, Luis G. Urbina.

Balzac, Flaubert, Hipólito Taine y Zola establecen las bases del realismo y el naturalismo en Francia y más tarde en España con Pedro Antonio de Alarcón, Juan Valera, Benito Pérez Galdós, Emilia Pardo Bazán, José M. de Pereda, Leopoldo Alas, Armando Palacio Valdés.

Tanto unos como otros influyen, en la producción de hispanoamérica.

El escritor realista mexicano, en 1886, tenía ya ante su vista la completa evolución del estilo en Francia y los ejemplos que se produjeron en España.

El realismo incluye pintura de costumbres, como así mismo, la naturaleza, los oficios, las preocupaciones religiosas y políticas.

Todo ello es la realidad que circunda al escritor, es la vida que observa de la cual se sirve como un medio artístico para penetrar en los problemas de la sociedad; problemas políticos, religiosos, económicos o de vicios y taras individuales.

El realista observa las costumbres con el propósito de llegar a las causas y soluciones de los problemas que estudia.

La variedad de los problemas sociales y de los ambientes que ellos reflejan, tan diversos como la vida misma, hace que los escritores realistas presenten infinidad de diferencias dentro de su propio período.

En 1890 tiene vigencia la corriente realista en la que destacan como cuentistas Rafael Delgado, José López Portillo y Rojas, Angel de Campo.

Estos escritores coinciden en el tiempo, pero sólo les unen algunos rasgos comunes.

En López Portillo y Delgado se descubre la preferencia hacia Pereda. En ambos hay profundo sentimiento religioso.

Otras veces, hay un regionalismo en López Portillo, como puede verse en el cuento *La horma de su zapato*; pero esto no es característico en él, ya que su preferencia es la crítica social, especialmente de la clase media.

Micrós en sus cuentos, es el pintor realista de la atmósfera de barrios de la capital, de sus tipos y costumbres, ciñe su crítica a puntos más concretos de la vida nacional que Rafael Delgado.

Ambos escritores comprenden y aman la vida del pueblo. Son costumbristas que reseñan los objetos que acompañan la vida del pobre.

Micrós no dispone de la riqueza de vocabulario que se observa en Delgado, pero sus cuentos son superiores a los del veracruzano.

Tiene semejanza con Delgado en localismo, Cayetano Rodríguez Beltrán quien supo pintar costumbres y tipos de la costa veracruzana.

Rafael Delgado fué un escritor que no tuvo ascendientes.

Los regionalistas de su tiempo, escribieron obras semejantes, no por haber sentido preferencia hacia este autor, sino más bien por expresar aspectos de la vida de su región y seguir en cierto modo la tendencia literaria que estaba de acuerdo con la época.

2.—En *Cuentos y notas*, se encuentra la proyección de las novelas que le dieron lugar prominente en las letras mexicanas.

3.—En los relatos breves se advierten elementos empleados en las novelas.

4.—Como consecuencia de la actividad magisterial a la que se dedicó toda su vida, se nota en esta obra intención educativa, ética, un deseo de despertar el amor al bien y a la belleza.

5.—Para Rafael Delgado fué sofocante el ambiente de las grandes ciudades, prefirió la vida apacible de Orizaba, de la que no se separó nunca. Esta circunstancia unida a su temperamento sensitivo y con gran tendencia a la observación y a la reflexión, le hicieron cono-

cer y comprender a los habitantes de la región, en sus diversas esferas sociales, con sus costumbres y tradiciones, asociando a ellos el paisaje.

Pudo dar a su obra una expresión nacional en aspectos de la vida diaria.

6.—Los argumentos son sencillos, sin complicaciones, inspirados en ciudades pequeñas de la época porfiriana donde el medio popular es raquíptico tanto en lo económico como en lo social.

La visión que presenta de la sociedad es una pintura real, ligada a emociones íntimas del autor.

7.—Hay fuerza en el dibujo de los personajes, son palpables.

8.—Notable facultad descriptiva, que le da una nota singular al escritor, sobre todo en el paisaje, revelando la admiración y veneración que siente por la naturaleza.

9.—Hay escenas emotivas, de delicada ternura y en otras se percibe tono melancólico, haciendo pensar que ello se debe más bien a su carácter solitario.

Otro material que es utilizado frecuentemente en la narración son los cuadros costumbristas que están muy bien logrados por la realidad que les imprime.

De estas apreciaciones se deduce que Delgado “Deliberadamente escoge un camino medio entre el realismo y el romanticismo, descartando las exageraciones de ambos y buscando lo bueno y lo malo que hay en cada uno”. (202)

10.—Hay profundo sentido de religiosidad que deja traslucir en toda su obra.

11.—La prosa fluye con naturalidad, es de estilo elegante y aún culto, pero también sabe dar al habla de los personajes la expresión propia y pintoresca, ya sean de campo o de ciudad.

12.—Los *Cuentos y notas*, sirven para conocer su obra novelística que tuvo importancia para México en su paso forzoso por el realismo romántico.

202.—WARNER E. RALPH. Historia de la novela mexicana en el siglo
sicos y modernos. Creación y crítica literaria. 9. Robredo. México,

B I B L I O G R A F I A

OBRAS DE RAFAEL DELGADO

Tomo I

Poesías.

Cuentos y notas.

La calandria.

Angelina.

Tomo II

Los parientes ricos.

Historia vulgar.

Lecciones de literatura.

Conversaciones y estudios literarios.

Discurso pronunciado al celebrar el tercer aniversario secular de la publicación del Quijote.

Editorial José M. Cajica, Jr., S. A.

Puebla, Pue., México, 1956.

OBRAS CONSULTADAS

- AZUELA MARIANO.—Cien años de novela mexicana. Ediciones Botas. México, 1947.
- BRUSWEED S. JOHN Y ROJAS GARCIDUEÑAS JOSE.—Breve historia de la novela mexicana. Manuales Studium. 9 Ediciones de Andrea. México, 1959.
- CAMPO ANGEL DE.—Ocios y apuntes y La rumba. No. 76. Cosas vistas y cartones. No. 77. Colección de escritores mexicanos. Editorial Porrúa. México, 1958.
- DELGADO RAFAEL.—Cuentos. Prólogo y selección de Francisco Monterde. Biblioteca del estudiante universitario. No. 39. Ediciones de la U.N.A.M. México, 1942.
- DAUDET ALPHONSE.—Cuentos de Lunes. Traducción de Amado Lázaro Ros. Aguilar, S. A. Madrid, 1963.
- DIAZ PLAJA GUILLERMO y MONTERDE FRANCISCO.—Historia de la literatura española e historia de la literatura mexicana. Editorial Porrúa, S. A. México, 1960.
- DIEZ ECHARRI EMILIANO y ROCA FRANQUESA JOSE MARIA.—Historia general de la literatura española e hispanoamericana. Aguilar. Madrid, 1960.
- GONZALEZ PEÑA CARLOS.—Historia de la literatura mexicana desde los orígenes hasta nuestros días. Editorial Porrúa. México, 1960.
- GUTIERREZ NAJERA MANUEL.—Cuentos, crónicas y ensayos. Prólogo y selección de Alfredo Maillefert. Biblioteca del estu-

- diante universitario. No. 20. Ediciones de la U.N.A.M. México, 1940.
- JIMENEZ RUEDA JULIO.—Letras mexicanas en el siglo XIX. Colección tierra firma. 3. Fondo de cultura económica. México, 1944.
- LEAL LUIS.—Breve historia del cuento mexicano. Manuales Studium. 2. México, 1956.
- MILLAN MARIA DEL CARMEN.—Literatura mexicana. Editorial Esfinge. México, 1962.
- NAVARRO JOAQUINA.—La novela realista mexicana. Compañía General de ediciones, S. A. México, 1955.
- ORTIZ DE MONTELLANO BERNARDO.—Antología de Cuentos Mexicanos. Editora Nacional, S. A. México, 1954.
- PEREDA JOSE Ma.—Escenas montañosas. Ediciones Aguilar, S. A. Madrid, 1963.
- PEREDA JOSE Ma.—Peñas arriba. Colección Austral. Espasa Calpe, S. A. Madrid, 1965.
- ROA BARCENA JOSE Ma.—Relatos. Selección y prólogo de Julio Jiménez Rueda. Biblioteca Estudiante Universitario No. 28. Ediciones U.N.A.M. México, 1941.
- SALADO ALVAREZ VICTORIANO.—Estudios de Crítica. De mi cosecha. Imprenta de Ancira y hermano. A. Ochoa 1889. Guadalajara, Jal.
- WARNER RALPHE.—Historia de la novela en el siglo XIX.—Colección Clásicos y Modernos. Creación y Crítica literaria. 9. Antigua librería de Robredo. 9. México, 1933.

H E M E R O G R A F I A

- ANALES.**—Del Museo de Arqueología, Etnografía e Historia, época V-VIII. 1931-1932.
- CUADERNOS AMERICANOS.**—Perfil y Esencia de Rafael Delgado, por Carlos Torres Manzo. Año XII. Julio y Agosto-1953-Vol. LXX. No. 4.
- EL NACIONAL.**—El realismo de Rafael Delgado por José Mancisor. Suplemento dominical 23 de agosto de 1953.
- EL NACIONAL.**—Apunte sobre Rafael Delgado por Andrés Henestrosa. 24 de agosto de 1953.
- EL UNIVERSAL.**—Realismo y poesía en la obra de Rafael Delgado. 19 de agosto de 1953.
- EXCELSIOR.**—Recordando a Rafael Delgado por Roberto Núñez y Domínguez. 21 de agosto de 1953.
- EXCELSIOR.**—Aspectos nuevos de Rafael Delgado por Alberto Quiroz. 30 de agosto de 1953.
- EXCELSIOR.**—Estudio Crítico de la novela Angelina por Angel de la Peña. 30 de agosto de 1953.
- EXCELSIOR.**—Soneto de Delgado. El alambique de lo simple, por Fernando Diez de U. 30 de agosto de 1953.
- EXCELSIOR.**—Rafael Delgado y Sáinz por Julia Hernández. 30 de agosto de 1953.
- NOVEDADES.**—(México en la cultura) ¿Homenaje a Rafael Delgado?, por Víctor Adib. 6 de septiembre de 1953.

NOVEDADES.—(México en la cultura) Homenaje a Rafael Delgado, por Antonio Castro Leal. 6 de septiembre de 1953.

NOVEDADES.—(México en la cultura) Rafael Delgado, por Ernest R. Moore y James G. Bickley. 6 de septiembre de 1953.